

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

1111

1111

"CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS"

VERBUM



DIRECTOR
ANGEL J. BATTISTESSA

DESPLEGADO

SECRETARIO DE REDACCIÓN
VICENTE GUILLERMO DOMBLIDE

ADMINISTRADOR
JUAN JOSÉ IZURIETA CRAIG

Año XXV - Nº 81

DESPLEGADO

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
VIA MONTE 430
BUENOS AIRES
1932

VOCES DE FRANCIA



ACADEMY OF LIBRARIANS

... "si ce ne sont pas tous les maîtres, ce sont du moins les principaux de la génération qui s'épanouit aujourd'hui. Ils l'ont modelée, même quand elle les rejette". JACQUES RIVIÈRE.

Juego de aproximaciones expresivas, además de comprensión y acercamiento, estas nuevas versiones — dignidad europea de algunos ocios criollos — constituyen, esencialmente, una lista de frecuentaciones y, por momentos, un índice de preferencias.

Como aquí se transcriben, elegidas entre otras muchas, rebasan, sin embargo, interés tan restringido y significación tan personal. Aun descontando la pérdida de quién sabe qué virtudes poéticas en los azares de la mudanza idiomática, la índole y jerarquía de las composiciones propuestas crean la posibilidad, nada desdeñable, de columbrar, en síntesis un tanto sumaria pero suficientemente sugestiva, las modalidades mejor logradas de la reciente poesía francesa: lo que va — lo que viene, mejor dicho — de algunos de los influjos del simbolismo a los primeros atisbos surrealistas, a través de los conatos fracasados a medio camino, de las negaciones rotundas y de las realizaciones magníficas: simplismo, unanimismo, poesía pura.

A la esencial complacencia estética que presidió el esbozo de estas versiones, viene, pues, a sumarse la preocupación didáctica — necesariamente secundaria — con que ahora se las inserta en VERBUM. No serán inútiles, sin duda, para quienes aún no han logrado una familiaridad directa con estos aspectos de la lírica contemporánea. Pensamos, por nuestra parte, en los alumnos del curso de introducción a la literatura, cuyo programa — puesto que incluye los nombres de Baudelaire, Mallarmé y Rimbaud — roza, plausiblemente, las nuevas modalidades poé-

ticas (1). Para este propósito didáctico, y ya que según Goethe no todo lenguaje es comprensible para todos, acaso hubiese convenido acompañar algunos de esos poemas con breves notas explicativas. Razones de espacio, siempre atendibles — y, a veces, sabias —, han estorbado el intento. Libre de toda glosa impertinente, la lección de historia literaria que implican estas páginas resulta así más sumaria pero límpidamente insigne. Lección de poetas, no de críticos.

ANGEL J. BATTISTESSA.

(1) Aunque ni a la condesa de Noailles, ni siquiera a Henri de Regnier — sin embargo, momentáneamente emparentado con el simbolismo — se les suele situar entre los representantes de las últimas tendencias, por razones explicables tratándose de tan ilustres escritores, también figuran aquí algunas versiones de sus poemas.

CHARLES BAUDELAIRE (1821-1867)

Correspondencias

LA Creación es un templo donde vivos pilares
A veces dan salida a palabras confusas:
Por ella marcha el hombre entre selvas profusas
De símbolos que observan con ojos familiares.

Como alargados ecos pronto se corresponden
En una tenebrosa y profunda unidad,
Enorme cual la noche y cual la claridad,
Perfumes y colores y sonos se responden.

Hay perfumes tan frescos como carnes de infantes,
Tan suaves como oboes, verdes como praderas,
Y hay otros corrompidos, y ricos y triunfantes,

Que tienen expansiones nunca perecederas.
Como el almizcle, el ámbar, el benjuí y el incienso,
Que del alma y del cuerpo cantan el goce intenso.

El viaje

I

PARA el niño entusiasta de mapas y de estampas,
Se iguala el universo con su vasto deseo.
¡Ah qué grande es el mundo a la luz de las lámparas!
¡Visto por el recuerdo, cómo el mundo es pequeño!

Partimos un buen día, afiebrada la frente,
De rencores y de ansias el corazón henchido.
Y vamos balanceando, en un ritmo de olas.
La infinitud del alma sobre mares finitos:

Alegres huyen unos de una nación infame;
Otros, de los horrores natales, y no pocos.
Astrólogos ahogados en ojos femeninos,
De la Circe tiránica de aromas peligrosos.

Para no ser trocados en bestias se emborrachan
De claridad y espacio, de cielos refulgentes;
La escarcha que los muerde, el sol que los broncea.
La marca de los besos les borra y hace leve.

Mas los buenos viajeros son aquellos que parten
Por partir; corazones, como globos, ligeros.
De su fatal designio no se separan nunca.
Y, sin saber por qué, dicen siempre: ¡Marchemos!

¡Aquellos cuyas ansias tienen forma de nubes,
Que sueñan, como sueña batallas un concripto,
Anchurosas fruiciones, cambiantes, ignoradas,
Cuyo nombre en la tierra jamás fué conocido!

II

Imitamos — ¡horror! — a trompos y bolillas
 En sus vales y saltos; y, hasta en nuestro descanso.
 La curiosidad inquieta nos acosa y empuja.
 Como un Angel perverso que fustiga a los astros.

¡Oh singular fortuna cuyo fin es mudable,
 Que ni está en estos sitios, ni se fija en los otros.
 Donde el Hombre, animado de incansable esperanza.
 Para encontrar la calma se agita como un loco!

Nuestra alma es un velero que busca su isla Icaria:
 “¡Atención!”, sobre el puente truena una voz de pronto.
 Una voz de la cofa grita alocada, ardiente:
 “¡Ventura... gloria... amor!” ¡Infierno! ¡Es un escollo!

¡Cada islote que anuncia el vigía en lo alto
 Es un nuevo Eldorado que prometió el Destino!
 La Imaginación vana, entregada a su orgía,
 Sólo una roca encuentra no bien ha amanecido

¡Oh pobre enamorado de países quiméricos!
 ¿Engrillar o arrojar al mar será preciso.
 Al marinero ebrio suscitador de Américas
 Cuyo espejismo torna más amargo al abismo?

El viejo vagabundo así sueña, entre el barro,
 Con la mirada en alto, brillantes paraísos:
 Sus ojos encantados una Capua descubren
 Si una bujía alumbra cualquier desván mezquino.

III

¡Sorpresdentes viajeros! ¡Cuántas nobles historias
 En la hondura marina de las miradas vuestras!
 Mostrad el relicario de ricas remembranzas,
 Las fantásticas joyas que son de éter y estrellas.

¡Viajar es nuestro intento sin vapor ni velamen!
 Para atenuar el tedio sin fin de estas prisiones,
 Descorred en nuestras almas, tendidas como telas,
 Vuestros vastos recuerdos, con marcos de horizontes.

Decidnos, ¿qué habéis visto?

IV

“Hemos visto los astros,

Las olas; las arenas hemos visto asimismo;
 Y, a despecho de choques e imprevistos percances,
 Como aquí, con frecuencia, nos hemos aburrido.

“La áurea gloria del sol sobre la mar violeta,
 La gloria de las urbes, bajo el sol en su ocaso,
 El ardor encendían en nuestros corazones
 De hundirnos en un cielo de resplandores mágicos.

“Las más ricas ciudades, los más amplios paisajes,
 No contenían nunca el misterioso encanto
 De aquellos que el azar construía con las nubes,
 ¡Y constantes deseos siempre nos preocuparon!

“El goce, del deseo la intensidad acrece.
 ¡Deseo, viejo árbol que el placer alimenta,
 En tanto tu corteza se endurece y ensancha,
 Al sol quieren tus ramas contemplar desde cerca!

“¿Y seguirás creciendo, más vivaz todavía
 Que el ciprés? — Sin embargo, cuidadosos diseños
 Tomamos para vuestro álbum tan insaciable,
 ¡Oh hermanos que admiráis cuanto viene de lejos!

“Los ídolos monstruosos ya hemos saludado;
 Constelados de gemas, hemos visto los tronos;
 Los palacios labrados cuya suntuosa pompa
 Para nuestros banqueros sería sueño ruinoso.

“Los trajes que a los ojos una embriaguez procuran:
Las mujeres con uñas y con dientes teñidos,
Y los sabios juglares que acaricia una sierpe.

V

¿Y después, y después?

VI

“¡Oh cerebros de niños!

“Para que no olvidemos lo que aquí más importa,
Sin haberlo buscado, dondequiera encontramos,
En todos los peldaños de la fatal escala,
El tedioso espectáculo del inmortal pecado:

“La mujer, vil esclava, orgullosa y estúpida,
Que sin asco se ama y se adora sin risa,
El hombre licencioso, autoritario, duro,
Esclavo de la esclava y ciego en la inmundicia.

“El verdugo que goza, el mártir que padece:
La fiesta que sazona y perfuma la sangre;
El virus del poder, que enerva a los tiranos,
Y el pueblo enamorado del látigo infamante:

“Múltiples religiones que la nuestra parecen,
Pues todas piden cielo; y, como un delicado
Se revuelca entre plumas, la Santidad que busca
Entre púas y crines voluptuosos halagos.

“La humanidad parlera, embriagada en su orgullo,
Y, loca en nuestros días tal como siempre ha sido,
Gritando a Dios, en medio de furiosa agonía:
“¡Oh mi igual, oh mi amo, Señor, yo te maldigo!”

“¡Los hombres menos tontos, a la Demencia fieles,
Huyendo del rebaño que acorraló el Destino,
Y encontrando refugio en el opio insondable!
—Tal es del orbe entero el informe sucinto.”

VII

¡Sabiduría amarga la que nos da el viaje!
El mundo tan monótono, el mundo tan pequeño.
Hoy, ayer y mañana nuestra imagen nos muestra:
¡Un oasis de horrores, un desierto de tedio!

¿Hay que partir? ¿Quedarse? Si puedes, permanece:
Parte, si es necesario. ¡Quién marcha, quién se esconde
Para engañar al grande enemigo funesto
Y vigilante, el Tiempo! No faltan corredores.

Como el Judío errante y como los apóstoles,
Para quienes no hay barcos, ni vagones, ni rutas.
Con qué evitar a ese reciarío miserable,
Mientras que otros lo matan sin salir de sus cunas.

Cuando por fin nos doble, con el pie, las espaldas,
Podremos anhelosos exclamar: ¡Adelante!
A igual que en otro tiempo nos íbamos a China,
La cabellera al viento, contemplando el oleaje.

Embarcaremos sobre el mar de las Tinieblas
Con el ánimo alegre de un joven pasajero.
Escuchad esas voces, atractivas y fúnebres,
Que cantan: “¡Acercaos, vosotros lo hambrientos

“Del Loto perfumado! Aquí es donde se acopia,
Colmo de corazones, la milagrosa fruta,
¡Venid, pues, a embriagaros en el dulzor extraño
De esta siesta morosa que no termina nunca!”

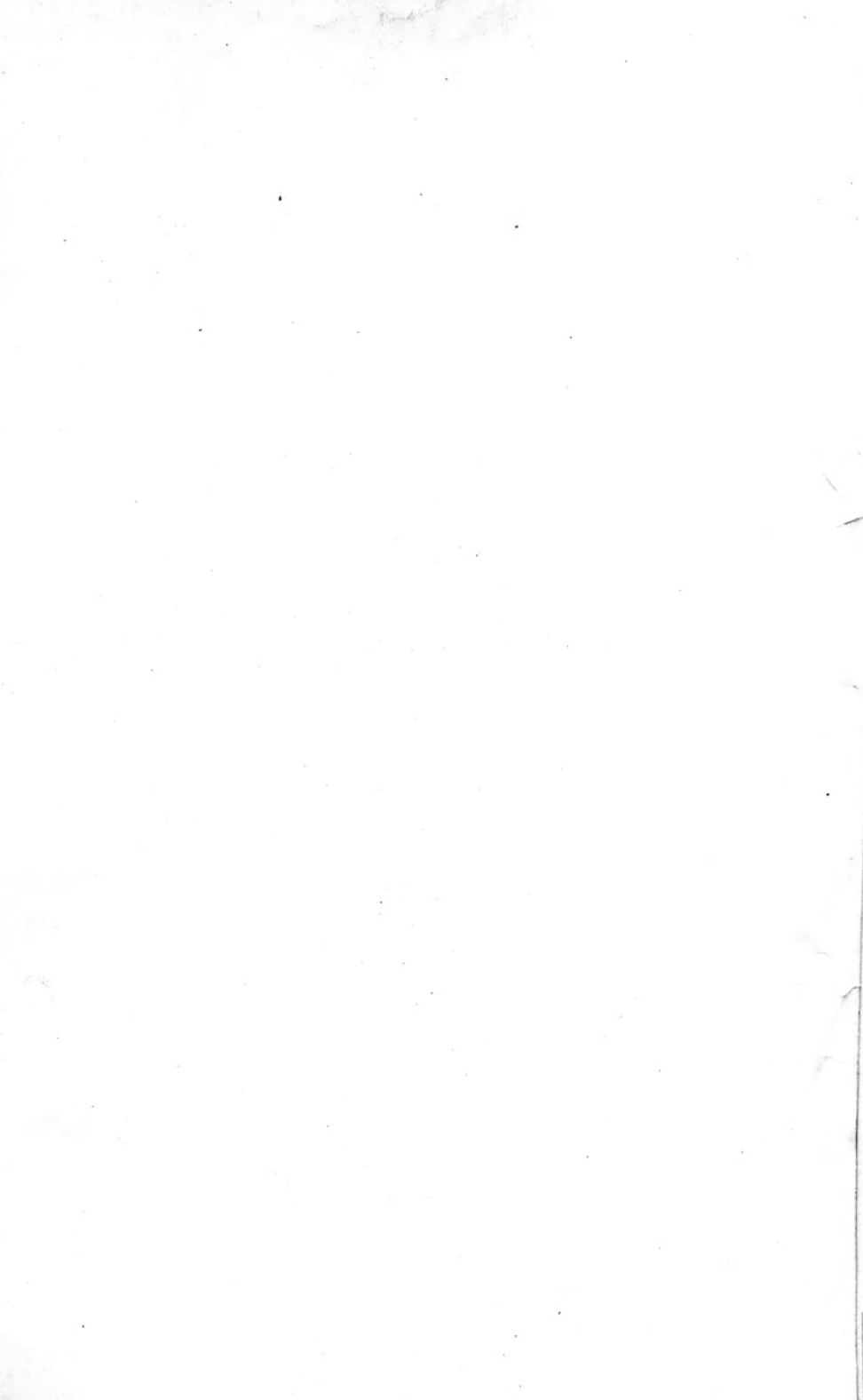
El familiar acento al fantasma descubre:
Nos tienden nuestros Pilades sus brazos desde lejos.
"¡Para apagar tu ardor nada en busca de Electra!"
Dice aquella que antaño recibió nuestro beso.

VIII

¡Oh Muerte, oh capitana, ya es tiempo! ¡Arriba el ancla!
¡Nos hastía esta tierra, oh Muerte! ¡Aparejemos!
¡Si el mar y el cielo muestran oscuridad de tinta,
El corazón irradia espléndidos reflejos!

¡Vierte ya tu veneno para que nos conforte!
Deseamos, pues es tanta la fiebre del cerebro,
Zambullir en la sima.—¡Cielo, Infierno, qué importa?—
¡En lo Desconocido ir a buscar lo nuevo!

(*Les Fleurs du mal.*)



STEPHANE MALLARME (1842-1898)

Brisa marina

LA carne es triste y todos los libros he leído.
¡Huir! ¡hacia lo lejos! ¡Cuánto pájaro urgido
De estar entre la espuma incógnita y los cielos!
Nada, ni los antiguos jardines los anhelos
Retendrán de este pecho hacia el mar amoroso
¡Oh noches!, ni la lámpara de claror soledoso
Sobre el papel vacío que defiende su albura.
Y ni la joven madre que ateta a su criatura.
¡He de partir! ¡Steamer, meciendo tu cordaje.
Levanta el ancla rumbo a exótico paraje!
¡Un Hastío, lloroso de esperanza y desvelos.
Aún cree en el supremo adiós de los pañuelos!
Invitando tormentas, los mástiles, presagio,
Son de aquellos que el viento dobla sobre un naufragio
Perdido, sin islotes verdes, ni masteleros. . .
¡Mas oye, oh corazón, cantan los marineros!

(*Poésies complètes*, ed. Deman, 1899.)

El azur

DEL sempiterno azur la serena ironía
Bella con la indolencia de las flores se impone
Al poeta impotente que maldice su genio
A través de un desierto estéril de Dolores.

Huyendo, a ojos cerrados, lo siento cómo mira
 Con una intensidad de atroz remordimiento
 A mi espíritu vacuo. ¿A dónde huir? ¿Qué noche
 Arrojar, en jirones, sobre tan cruel desprecio?

¡Nieblas, subid! ¡Volcad monótonas cenizas
 Con extensos andrajos de brumas en los cielos
 Que anegará el pantano lívido del otoño
 Y construid un vasto y silencioso techo!

Y tú, sal del estanque leteo y acumula
 Al allegarte el limo y las pálidas cañas.
 Querido Hastío, cubre con mano infatigable
 Los boquetes azules que las aves horadan.

¡Aún más! ¡Que sin descanso las tristes chimeneas
 Humeen, que de hollines errabundas prisiones
 En el horror extingan de sus negros penachos
 Al sol que amarillento muere en el horizonte!

—El Cielo ha muerto.—Corro hacia ti, da ¡oh materia!
 Del Ideal, olvido, y olvido del Pecado
 A este mártir que viene a echarse en el estiércol
 Donde los hombres duermen en dichoso rebaño.

Porque quiero, sabiendo que el cerebro, vacío
 Cual yace al pie de un muro huero pote de afeites.
 Ya no acierta a hermohear la sollozante idea,
 Hacia un morir oscuro bostezar tristemente. . .

¡En vano! El Azur triunfa, lo oigo como canta
 En las campanas. ¡Mi alma, una voz él asume
 Para atemorizarnos con su triunfo maligno,
 Y del metal revuela en ángelus azules!

Se extiende entre las brumas, antiguo y atraviesa
 Mi nativa agonía como una espada en cruz.
 ¿A dónde huir en esta rebelión siempre inútil?
 Estoy obsesionado. ¡Azur! ¡Azur! ¡Azur!

Las ventanas

HARTO del hospital, y del incienso fétido
Que asciende en la blancura trivial de las cortinas
Hacia la cruz hastiada del muro soledoso,
Sus espaldas levanta el hombre en agonía,

Se arrastra y va, no tanto por entibiar sus llagas
Cuanto por ver al sol más cercano, a pegarse,
Con las canas y huesos de su magra figura.
Al cristal reluciente de grandes ventanales.

Y la boca, afiebrada, de azur azul ansiosa,
Tal, joven, respiraba su placer más valioso
—¡Una piel virginal y de otro tiempo!—, empaña
Con largo beso amargo los tibios vidrios de oro.

¡Ebrio, vive, olvidando el horror de los óleos,
El reloj, las tisanas, y hasta el lecho infligido,
La tos; cuando la tarde sangra sobre las tejas.
Su ojo, en el horizonte rebosante de brillo,

Ve galeras de oro, hermosas como cisnes,
Dormidas sobre un río de púrpura y fragancia,
Meciendo los reflejos leonados de sus líneas
En una gran pereza cargada de nostalgia!

Así, con repugnancia por el hombre insensible
Encenagado en goces en que sus apetitos
Comen únicamente, y que aún busca ese lodo
Para darlo a la madre que amamanta a sus hijos.

Huyo, huyo y me aferro a todas las ventanas
Donde se da la espalda al vivir, bendecido,
En su vidrio, lavado por rocíos eternos,
Que dora la mañana casta del Infinito,

Me miro y me veo ángel, desfallezco y deseo
— Que el vidrio sea el arte, o sea el misticismo —
Renacer ostentando mi sueño cual diadema.
En el cielo anterior de Belleza florido.

Mas ¡ay! el Aquí-abajo es el amo: su trato
Suele asquearme a menudo hasta en esta quietud,
Y con su impuro vómito la Estupidez me obliga
A tapar mis narices delante del azur.

¿Hay algún medio, oh Yo que conoces la angustia,
De hundir lo que ya el monstruo ha insultado - el cristal -
Y de huir en seguida, con mis alas sin plumas,
A riesgo de caer toda la eternidad?

(Poésies complètes.)

ARTHUR RIMBAUD (1854-1891)

Sensación

EN las tardes azules iré por los senderos,
Picoteado de espigas, a hollar hierba menuda:
Sentiré, divagando, frescores placenteros
Y bañaré en el viento mi cabeza desnuda.

Yo no pensaré en nada, no hablaré en mi torpeza.
El amor infinito me henchirá todo el ser;
E iré, como un bohemio, por la Naturaleza.
—Feliz cual si conmigo llevase a una mujer.

(*Poésies complètes*, ed. Vanier, 1895.)

Mi bohemia

MARCHABA, los bolsillos había reventado.
También mi chaquetilla se tornaba ideal.
Marchaba bajo el cielo, y a ti, Musa, leal:
¡Oh la lá, los espléndidos amores que he soñado!

Mis pobres pantalones lucían su rotura.
Soñador Pulgarcillo, desgranaba en mi viaje

Rimas. La Osa Mayor mostraba mi hospedaje.
Mis estrellas en lo alto cantaban con dulzura.

¡Y yo las escuchaba, al borde del camino,
En noches de setiembre cuando sentía el vino
De vigor del rocío gotear su bendición,

Cuando rimando en medio de las sombras fantásticas,
Como liras tañía las cintillas elásticas
De mi zapato herido, próximo al corazón!

(Poésies complètes.)

El barco ebrio

CUANDO yo descendía por Ríos impasibles,
Dejaron de guiarme mis buenos sirgadores :
Chillones Pielés-Rojas, como a blancos sensibles,
Los habían saetado en postes de colores.

Poco me preocuparon esas tripulaciones;
Una vez terminadas sus crueles bataholas.
Yo, transporte de trigo flamenco o de algodones
Ingleses, a mi gusto proseguí por las olas.

Corri en el chapoteo de fuertes marejadas,
Aún más imperturbable que cerebros de infantes,
Y las mismas Penínsulas desamarradas
No soportaron nunca vaivenes más triunfantes.

La tempestad bendijo mi despertar marino.
Más liviano que un corcho, sobre el agua agitada
Diez noches he bailado en revuelto destino
Sin recordar los faros de estúpida mirada.

Grata como a los niños la manzana jugosa.
Penetró el agua verde en mi casco de pino
Y, arrastrando el arpeo y el timón, presurosa
Lavó manchas y vómitos azulosos de vino.

¡Me bañé, desde entonces, en el vasto poema
Del mar, del mar infuso de astros y lactescente.
Donde en azules verdes, a veces, la suprema
Sombra de algún ahogado se hunde, pálidamente:

Donde tiñendo, raudos, los fondos azulinos,
Delirios, ritmos lentos bajo el diurno fulgor,
Más vastos que las líras y más fuerte que finos
Alcoholes se fermentan las pecas del amor!

Yo conozco los cielos que estallan, sé las lomas
Acuosas, las resacas, las trombas; sé la tarde.
Toda el alba exaltada cual pueblo de palomas,
Y he visto lo que el hombre sospecha en vano alarde.

He visto el sol manchado de místicos horrores.
Iluminando larga coagulación violeta,
De dramas muy antiguos al parecer actores.
Contemplé los oleajes de lontananza inquieta.

He soñado con besos en ojos de los mares,
He soñado la noche verde con resplandores
Niveos, el fluir de savias, los bruscos despertares
Azules y amarillos de fósforos cantores.

Mes tras mes he seguido, igual que a vaquerías
Histéricas, las olas en su asalto pujante,
Sin pensar que en su marcha fulgente las Marias
Llevasen del hocico al Océano jadeante.

¿Sabéis? he descubierto increíbles Floridas:
Los ojos de panteras son flores entre humanas
Epidermis, los iris se tienden como bridas,
Bajo el cielo marino, a glaucas caravanas.

¡He visto fermentando los pantanos enormes.
Cestas en cuyos juncos se pudre un Leviathán:
En medio de las calmas cataclismos informes.
Lejanas cataratas que a los abismos van!

¡Cielos de brasa, heleros. oleaje nacarado,
Restos de encalladuras en los golfos brumosos
Donde el pie de los árboles de ramaje enroscado
Ruedan grandes serpientes de aromas tenebrosos!

¡Oh yo hubiese mostrado a un niño esas doradas
De la gran ola azul, esos peces cantantes!
Yo floreí de espumas al partir de las radas
Y, en vientos inefables, tuve alas por instantes.

Mártir, algunas veces, de zonas fatigosas,
El mar cuyo sollozo suavizaba mi arfada.
Me aplicaba sus flores de amarillas ventosas:
Y quedaba como una mujer arrodillada.

Península que mece en sus bordes querellas
De aves estrepitosas con ojuelos dorados,
Fuí a pique: entre mis cuerdas, sumidos tras mis huellas,
A dormir descendían, de espalda, los ahogados...

¡Y yo, barco enredado entre las cabelleras
Profundas, en el éter sin pájaros perdido,
Yo, esqueleto embriagado que hanseáticas veleras
Nunca hubiesen pescado, con desdeñoso olvido.

Yo que flotaba loco, con los flancos cubiertos
De lúnulas eléctricas e hipocampos crinudos,
Cuando cálidos Julios volcaban los abiertos
Cielos ultramarinos en ardientes embudos.

Yo que trémulo oía el mugir encelado
De Behemots y de Malstroms, retumbantes tifones.
Perenne navegante de un azul serenado,
Cómo añoro la Europa de viejos malecones!

Yo vi los archipiélagos siderales, las islas
Con sus cielos abiertos a todo bogador:
¿Es allí donde duermes, allí donde te aislas.
Aureo millón de pájaros, oh futuro Vigor?

Sí, ya he llorado mucho. Las albas son dolientes.
Atroz es toda luna, triste la luz solar.
Ya el amor me ha colmado de torpezas fervientes.
¡Oh, que mi quilla estalle! ¡Oh, que me arrastre el mar!

Yo deseo de Europa la oscura lagunita
Donde, al caer la tarde que se muere olorosa,
Suelta un niño en cuclillas, con tristeza infinita.
Un barquichuelo frágil como una mariposa.

¡Ya no es posible, oh baño de olas, como antes
Adelantarse a otros transportes de algodones,
Ni cruzar el orgullo de enseñas tremolantes,
Ni nadar bajo el duro mirar de los pontones!

(Poésies complètes.)

JULES LAFORGUE (1860-1887)

Cantilena del pobre joven

CUANDO a su casa volvió ese joven.
Cuando a su casa volvió ese joven.
Tomó en sus manos su viejo cráneo,
Que era de ciencia pozo muy noble!

¡Oh cráneo.

Mi rico cráneo,

A la Locura no oyes acaso?
¡Ya en nuestra puerta pide el cordón.
Digue dondene, digue dondene,
Ya en nuestra puerta pide el cordón,
Digue dondene, digue dondón!

¡Cuando a su casa volvió ese joven.
Cuando a su casa volvió ese joven.
Escuchó cerca muy tristes gamas,
Llanto de un piano en la oscura noche!

¡Gamas.

Antiguas gamas.

Con ella, antaño, yo os ensayaba!
¡Pero el marido se hizo gruñón,
Digue dondene, digue dondene,

Pero el marido se hizo gruñón,
Digue dondene, digue dondón!

¡Cuando a su casa volvió ese joven,
 Cuando a su casa volvió ese joven,
 Oliscar quiso su propia alma,
 Que era un fermento de sinsabores!

¡Alma,

Mi hermosa alma,

Su aceite es sucio para tu llama!
 ¡Qué noche negra, cuánta ilusión,
Digue dondene, digue dondene,
 Qué noche negra, cuánta ilusión,
Digue dondene, digue dondón!

¡Cuando a su casa volvió ese joven,
 Cuando a su casa volvió ese joven,
 Con gran asombro vió que su esposa
 Se había mudado sin él, su hombre!

¡Señora,

Nuestra-Señora,

Ni una palabra diré injuriosa!
 ¡Mas tú pudiste dejar carbón,
Digue dondene, digue dondene,
 Mas tu pudiste dejar carbón,
Digue dondene, digue dondón!

¡Luego ese joven tan desdichado,
 Luego ese joven tan desdichado,
 Preparó presto una fina hoja
 Que, con estuche, le regalaron!

¡Hoja,

Muy fina hoja,

Se algo más recta que las esposas!

¡Y vos, mi Dios, perdón, perdón.
Digue dondene, digue dondene.
Y vos, mi Dios, perdón, perdón.
Digue dondene, digue dondón!

Cuando llegaron para enterrarle.
Cuando llegaron para enterrarle.
Vieron que tuvo una hermosa alma.
De esas que hoy día ya no se hacen.

¡Alma,

Descansa, oh hermosa alma!

¡Larga es la muerte, sin conclusión.
Digue dondene, digue dondene.
Larga es la muerte, sin conclusión.
Digue dondene, digue dondón!

(*Les Complaintes*, ed. Vanier, 1885.)

HENRI DE REGNIER (1864)

La onda ya no canta...

LA onda ya no canta en tus fuentes, Versailles,
Oh ciudad de las Aguas, oh Jardín de los Reyes!
Tu corona no luce, como ayer, soberana,
Los lises cristalinos que te ornaban la frente.

La ninfa que en tu nombre hablaba ha enmudecido
Y el tiempo ya ha empañado con su hálito constante
Esos flúidos espejos donde antaño te viste
Regia y sonriente en medio de juvenil alarde.

Tus estanques, dormidos bajo las grandes frondas,
Verdean en silencio en medio del olvido
Y su luna encuadrada en molduras de mármol
Hoy ya no reconoce a tu rostro marchito.

¡No importa! No es tu gloria ni es tu esplendor pasado
Lo que mis pies visitan, lo que mis ojos piden;
Ni asciendo los peldaños augustos de la Historia
Para acercarme al Héroe que en tus dioses revive.

¡Me basta que tus aguas iguales y sin fiesta
Reposen en su orden y sueñen en su calma.
Sin que les reste nada en su noble derrota
De lo que en otro tiempo fué visión encantada.

No importa la cascada, ni el surtidor importa,
 Ni que el seco Neptuno su tridente haya roto,
 Ni que, llevando una hoja muerta en los dientes,
 En bronce árido surja un Encelado hosco.

Con tal que débil, queda, en la sombra indecisa,
 Dentro del bosquecillo que por tumba reclama,
 Yo escuche largamente a tu fuente postrera
 Sollozar sobre ti, ¡oh Ciudad de las Aguas!

(*La Cité des Eaux*, ed. *Mercur de France*, 1902.)

La luna amarilla

EL día ha terminado en la luna amarilla
 Que asciende muellemente por detrás de los álamos,
 En tanto se difunde en el aire el aroma
 Del agua adormecida entre juncos mojados.

¿Sabíamos nosotros, cuando al sol ardoroso
 Cruzábamos rastrojos y planicies bermejas,
 Sabíamos nosotros cuando en los arenales
 Nuestros pasos marcaban como en sangre sus huellas.

Sabíamos nosotros cuando el amor ardía
 En nuestros corazones torturados de afanes,
 Sabíamos nosotros que al morir ese fuego
 Su ceniza sería tan grata a nuestra tarde.

Y que este áspero día que acaba, y que perfuma
 El agua adormecida entre juncos mojados,
 Terminaría lento en la luna amarilla
 Que ya se redondea encima de los álamos?

(*La Cité des Eaux*.)

El secreto

TEN cuidado. Si quieres hablarle a mi tristeza,
No inquietas el secreto de sus muchos dolores.
Ni por qué su mirada se vuelve y con fijeza
Descansa largo tiempo sobre el suelo sin flores.

Para calmar su pena y silente añoranza.
No evoques del olvido taciturno y helado
Un fantasma de orgullo, de amor o de esperanza.
Cuyo oscuro semblante sea sombra del pasado.

Háblale de las fuentes, de la fronda oportuna,
Del mar pleno de luz, del bosque tenebroso
Por donde se remonta, subterránea, la luna.
De lo que en torno nuestro se muestra prestigioso.

Dile que el mes de mayo siempre aporta sus rosas:
Mientras tomas sus manos, recuérdalo entre mimos.
Porque el color, la forma y el lujo de las cosas
Son el solo recuerdo por el cual no sufrimos.

(*Le Sandale allée*, ed. Mercure de France, 1906.)

PAUL CLAUDEL (1868)

El niño Jesús de Praga

NIEVA. El mundo ha muerto sin duda. Es diciembre.
¡Mas en el cuarto, oh Dios, qué grato es el ambiente!
Repleta de rojizo carbón, la chimenea
Somnolientos matices en el techo refleja,
Y sólo se oye el agua que hierve cantarina.
Sobre la rinconera, entre las dos camitas,
En su nicho de vidrio, orlada la cabeza.
En una mano el mundo, y la otra mano presta
A cubrir a esos niños que en él confianza tienen.
Graciosamente amable en su manto solemne
Y magnífico bajo su dorada corona,
Reina el Niño Jesús de Praga, en plena pompa.
Está solo. El hogar de frente lo ilumina
Como a hostia en el fondo del santuario escondida:
A sus dos hermanitos el Niño-Dios vigila.
Muy queda, como aliento que se exhala suavísimo,
Toda la vida eterna va colmando el recinto,
Entre esas pobres cosas inocentes e ingenuas.
Sí él está con nosotros, no sabremos de penas.
Bien podemos dormir, que Jesús nuestro hermano
Está aquí y junto a él lo que mejor amamos.
La muñeca, el caballo, el blanco carnerito,
Allí en ese rincón yacen los tres reunidos.
¡Y nosotros dormimos, pero todo eso es nuestro!
Corridas las cortinas. . . Un reloj a lo lejos,

En la nieve y la noche da una hora indecisa.
 El niño, en la tibieza de su cama, adivina
 Que duerme y que allí cerca hay alguien que le quiere.
 Se agita, balbucea, un bracito distiende,
 Intenta despertarse — intenta, mas no puede.

(*Corona Benignitatis Anni Dei*, ed. de *La Nouvelle Revue Française*, 1915.)

La Virgen a mediodía

MEDIODÍA. Veo la iglesia abierta. Es necesario entrar.
 Madre de Jesucristo, yo no vengo a rezar.

Nada vengo a ofrecer y nada a demandar.
 Vengo tan sólo, Madre, porque os quiero mirar.

Miraros para, luego, llorar dichosamente.
 Saberme vuestro hijo, contemplaros de frente.

Sólo por un momento mientras todo se calma.
 ¡Mediodía!
 Con vos estar, María, aquí tener el alma.

Callar, ver vuestro rostro, dejar que su homenaje
 El corazón lo cante en su propio lenguaje,

Callar, cantar tan sólo porque el pecho desborda.
 Como un mirlo su idea en estribillos borda.

Porque sois tan hermosa, y madre inmaculada.
 La mujer en la Gracia de nuevo reintegrada.

La criatura en su honra primera y en su florecimiento final.
 Como cuando surgió de Dios en la mañana de su esplendor
 |original.



"...Graciosamente amable en su manto solemne
Y magnífico bajo su dorada corona,
Reina el Niño Jesús de Praga, en plena pompa."

Inefablemente intacta porque sois la madre de Jesús.—atributo
de verdad en vuestros brazos, y la sola esperanza y el exclusivo
|fruto.

Porque sois la mujer, Edén de las antiguas ternuras olvidadas.
Cuya mirada turba y hace brotar de pronto lágrimas retardadas.

Porque me habéis salvado y habéis salvado a Francia.
Porque ella y yo pensamos en vuestra vigilancia.

Porque en aquella hora en que todo estallaba fuisteis como un
|relevo.

Porque a Francia salvásteis, Madre mía, de nuevo.
Porque en la plenitud del mediodía estoy, porque estamos
|viviendo en el día de hoy.

Porque allí estáis por siempre, y porque sois María y existís,
|simplemente.
Madre de Jesucristo, las gracias os sean dadas, por eso, sim-
|plemente.

(*Poèmes de guerre* (1914-1916). ed. de *La Nouvelle
Revue Française*. 1922.)

FRANCIS JAMMES (1868)

Silencio

SILENCIO. En el postigo, después, la golondrina
traza un rumor azul en el aire azulado,
sola. Dos zuecos luego se arrastran por la calle.
La campiña está pálida, mas ya por el espacio
reverbera el azul que da calor al día.
Y yo pienso en amores, en amores que antaño
habitaron los parques de las bellas comarcas
abundosas en viñas, en maíz, trigo y heno.
Pavos reales azules revoloteaban vanos,
y había hojuelas verdes en los cristales verdes
que mostraban, verdoso, un cielo reflejado.
Las cadenas temblaban en el establo umbrío
con el claro sonido de entrechocados vasos.
Y pienso en el castillo secular de la finca,
pienso en los cazadores que en albas de verano
se alejaban gozosos entre un ladrar de perros...
Encerada brillaba la gran escalinata:
muy alta era la puerta donde los desposados,
al ver que los abuelos se marchaban, reían
y enlazaban sus brazos y juntaban sus labios,
mientras en su escondite las liebres travesaban.

¡Qué hermoso era aquel tiempo en que muebles Imperio
lucían sus barnices y cobrizos reflejos!...

Todo era encantador, simétrico y feúcho
como el sombrero oscuro de Napoleón primero.

También pienso en veladas en que las doncellitas
jugaban al volante junto a la airosa verja.
Usaban pantalones que asomaban debajo
de faldas circunspectas, cubriéndoles las piernas:
Hermínia y Celamira y Clemencia y Coralia
y Julja y Amenaída y Atenaida y Zulmira;
sus sombreros de paja llevaban cintas largas.
Un pavo real azul se trepaba en un banco.
Un último volante lanzaban las raquetas,
y el volante se hundía en la noche y las frondas,
en tanto retumbaba, lejana, la tormenta.

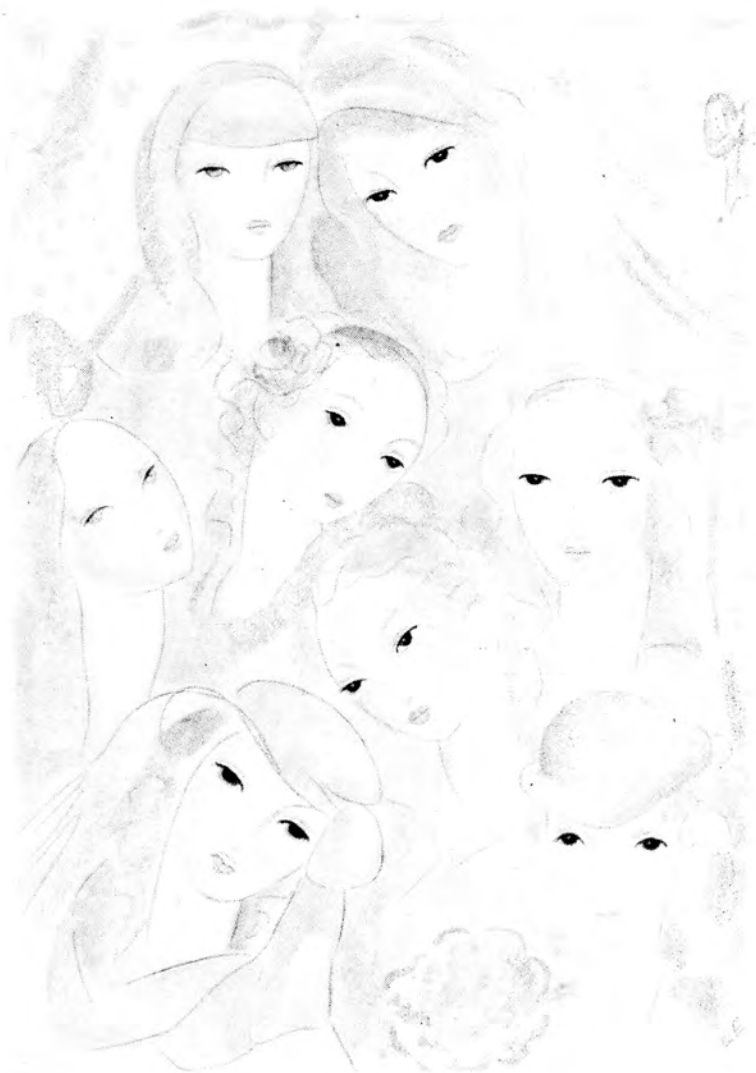
(*De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir*,
ed. Mercure de France, 1898.)

Al Sacré-Cœur, la niña...

AL Sacré-Cœur, la niña va como pensionista.
Es una jovencita muy delicada y blanca.
Todas las vacaciones, al tiempo de las flores,
llega en su carretela, debajo de las ramas.

Desciende por la cuesta suavemente. Su coche
es pequeñito y viejo. No posee opulenta
fortuna. Me recuerda las antiguas familias
de hace sesenta años, bondadosas y honestas.

Me recuerda las lindas colegialas de entonces
con nombres rococó, con nombres deliciosos
de libros para premios, verdes, rojos, olivas
con un adorno oval, con un título de oro:



"Clara de Ellébeuse, Eleonora Derval,
Victoria de Etreumont, Laura de la Vallé,
Lía Fauchereuse, Blanca de Percival,
Rosa de Liméreuil y Sylvia Laboulaye."

Clara de Ellébeuse. Eleonora Derval,
 Victoria de Etremont, Laura de la Vallé,
 Lía Fauchereuse, Blanca de Percival,
 • Rosa de Liméreuil y Sylvia Laboulaye.

Y pienso en colegialas que iban de vacaciones
 a fincas que aún rentaban; que comían manzanas
 y rancias avellanas, frente al pavo real
 del parque fresco, umbroso, con las verjas doradas.

En esas casas siempre la mesa estaba puesta,
 comían muchos platos entre sonoras risas.
 La ventana dejaba ver el césped verdeante
 y brillaban los vidrios cuando el sol descendía.

Luego un apuesto joven desposaba a la niña
 — la blanca jovencita que reía en el lecho
 cuando él le besaba, jugando, la cadera.
 Y tenían hijitos, pues sabían hacerlos.

(De l'Angelus de l'Aube à l'Angelus du Soir.)

Estación termal

CIGARRA de estos árboles en que siempre has posado:
 El claror de la luna con lo azul del rocío
 Reinaba en este sitio. Tu pífono excitado
 Por la orquesta encantaba a muertos de otro estío.

(Premier Livre de Quatrains, ed. Mercure de France, 1923.)

PAUL VALERY (1871)

La hilandera

Lila neque neni

SENTADA la hilandera junto al marco azulado
Donde el jardín acuna su fronda melodiosa,
La rueca de otro tiempo, zumbando, la ha turbado.

Ebria de azur, cansada ya de hilar la mimosa
Cabellera, a sus dedos débiles evasiva,
Sueña, y su cabecita se inclina perezosa...

Un arbusto y el aire hacen de fuente viva
Que, en el claror suspensa, le irriga deliciosa.
Con pérdida de flores, el huerto a la inactiva.

Un tallo en el que el viento vagabundo reposa.
Corva el saludo vano de su gracia estrellada
Dedicando magnífico, a la rueca, su rosa.

Mas la durmiente hila una vediija aislada.
Con misterio, la sombra a entretejerse empieza
Entre sus dedos largos, que ya duermen, hilada.

El sueño se devana en ella con pereza
 Angélica: en el huso, en incesante alarde.
 La cabellera ondula de acuerdo a su terneza. . .

Has muerto ingenuamente al borde de la tarde.
 Hilandera de hojas y de lumbre ceñida.
 Se muere el cielo verde. Supremo, un árbol arde.

Fraterna, la gran rosa tu frente desvaída
 Perfuma con el hálito que, al sonreír, emana.
 Tu cuerpo languidece. Has quedado extinguida

Junto al marco azulado donde hilabas la lana.

(*Album de vers anciens (1890-1900)*, ed. Adrienne
 Monnier, 1920.)

Helena

AZUR! soy yo. . . Retorno de la fúnebre gruta
 Para escuchar las ondas en las gradas sonoras.
 Vuelvo a ver las galeras en un fondo de auroras
 Renacer de entre sombras sobre dorada ruta.

Mis manos solitarias llaman a los monarcas
 Cuya barba fué siempre grata a mis dedos puros:
 Lloraba yo. Cantaban ellos triunfos oscuros
 Y los golfos antaño hendidos por sus barcas.

Oigo las caracolas y el clarín estridente
 El vuelo de los remos ritmar militarmente:
 El canto de los nautas encadena el tumulto.



"El sueño se devana en ella con pereza
Angélica..."

Los dioses, en la proa poderosa exaltados.
 Sonrientes, desdeñando el acuático insulto.
 Me tienden la indulgencia de sus brazos labrados.

(Album de vers. anciens.)

Bañada

UNA fruta de carne se baña en una fuente
 (Azur en los jardines trémulos), se columbra
 Sobre el claro sepulcro, como un casco potente,
 La alta cabeza de oro que truncada relumbra.

¡Entre rosas y espinas su belleza alborea!
 Emerge del espejo que empapa el luminoso
 Tesoro de fulgores cuyo cairrel chasquea,
 Entregado el oído al parloteo undoso.

Un brazo vago hundido en la límpida nada
 Por coger el reflejo de una flor vanamente
 Se escurre, ondula, duerme, con delicia extremada.

Mientras se comba el otro, bajo el cielo esplendente,
 Y, en las crenchas inmensas que apenas ha mojado,
 Captura de un insecto el revuelo embriagado.

(Album de vers. anciens.)

El bosque amistoso

AMBOS hemos pensado en cosas puras
 Juntos, por los caminos más lejanos.
 Hemos entrelazado nuestras manos,
 Mudos... entre una y otra flor oscuras.

Ibamos solos cual enamorados
Cruzando, en noche verde, las praderas:
Compartíamos, fruto de quimeras,
La luna amiga de los alocados.

Después nos hemos muerto sobre el breve
Musgo, muy solos, en la sombra leve
De este bosque íntimo y sonoro:

Y en lo alto, en la gran luz que ahora presencio,
Nos hemos encontrado con gran lloro
¡Querido compañero de silencio!

(Album de vers anciens.)

CONDESA MATHIEU DE NOAILLES (1877)

La ofrenda a la Naturaleza

CORDIAL Naturaleza que bajo el cielo posas,
Nadie habrá como yo tan tiernamente amado
La lumbre de los días y el dulzor de las cosas
Y la tierra y el agua que en vida han germinado.

Tus bosques, tus estanques y tu campo fecundo
Aún más me han conmovido que los ojos humanos.
Entera me he apoyado en la beldad del mundo
Y todos tus aromas he tenido en las manos.

A modo de corona tus soles he llevado
En mi frente orgullosa y llena de candor.
A faenas de otoño mis juegos he igualado
Y en brazos del verano he llorado de amor.

He venido hacia ti sin miedo y sin prudencia
Dándote asentimiento para el bien, para el mal.
Pues no sé otra alegría ni conozco otra ciencia
Que tu alma impetuosa con su astucia animal.

Como flor donde alojan las abejas su fiesta,
Mi vida ha derramado perfumes y canciones.
Y este mi corazón matinal es la cesta
Que de hiedras y ramas te consagra los dones.

Sumisa como el agua que copia la ribera.
Yo conozco esa fiebre que arde en tu vespertino
Crepúsculo y que aporta al hombre y a la fiera
La adorable impaciencia y el deseo divino.

¡Te tengo entre mis brazos, palpitando. Natura!
Y pensar que la sombra me cegará en su horror.
Y que iré a una comarca sin brisa y sin verdura
Que no visitan nunca ni la luz ni el amor. . .

(*Le Cœur innombrable*, ed. Calmann-Lévy, 1901.)

La tarde aún será larga...

LA tarde aún será larga, los días prolongando
Van su luz, que dispersan en vivo derroche;
Atónitos los árboles de no ver a la noche.
Aún velan en la tarde blanquecina, soñando. . .

En la atmósfera densa, dorada de fulgores,
Los castaños derraman y difunden su esencia;
Nadie a marchar se atreve, como si su presencia
Interrumpir pudiera ese sueño de olores.

Lejano llega el ruido que la ciudad trasciende. . .
El polvo, que una brisa ligera levantaba.
Abandonando el árbol sobre el que reposaba.
Al camino tranquilo, suavemente, descende.

Cumplimos, día a día, el habitual alarde
De mirar esa ruta tantas veces seguida.
Hoy sin embargo hay algo que ha cambiado en la vida:
Ya no tendremos nunca nuestra alma de esta tarde. . .

(*Le Cœur innombrable*.)

Escribo...

ESCRIBO a fin que nadie, después de mi existencia,
 Ignore cómo al goce di total preferencia.
 Y que al futuro lleve mi libro la certeza
 De cómo amé la vida y la naturaleza.

En la casa y el campo, puse mis aficiones.
 Contemplé, día a día, pasar las estaciones.
 Porque la llama inquieta, la tierra, el agua calma.
 No son en sitio alguno más hermosas que en mi alma.

He dicho lo que he visto, canté lo que he sentido.
 Todo lo verdadero no lo estimé atrevido.
 Y he gustado esta fiebre, del amor intimada.
 Para después de muerta, a veces, ser amada.

Y que un joven, entonces, leyendo lo que escribo.
 Sienta por mí su pecho turbado y efusivo.
 Y, olvidando el halago de las esposas bellas.
 Me reciba en su alma y me prefiera a ellas...

(*L'Ombre des jours*, ed. Calmann-Lévy, 1902.)

Las añoranzas

¡DOS, quiero quedarme sola junto a las tumbas.
 Los muertos bajo tierra, la aurora sin penumbras.
 El aire huele a hierbas, a ramaje florido,
 Los muertos en la muerte por siempre se han dormido.
 ¡Mi cuerpo ahora danzante también será despojos.
 Tendré su misma frente y vacíos los ojos.

Y cumpliré ese acto solitario que aterra,
Yo que no dormí nunca sola sobre la tierra!
¡Cuánto debe morir, cuánto trocarse en nada,
El deseo, la boca, el beso, la mirada!
¡Ser luego un ser de sombra, de silencio y de pena
Mientras verdibermeja la primavera plena
De savias se levante con vigor sempiterno!
Haber tenido el pecho, como el mío, tan tierno,
Henchido de molicie y de goce ferviente
Y ya no enternecerse frente al alba naciente.
Yacer en el reposo por los siglos sin cuento. . .
Otros estarán vivos, con ruidoso contento
Los hombres marcharán junto a niñas precoces,
Mirarán las labranzas, las cosechas, las hoces,
El matiz de los meses, delicado e incierto,
Y yo no veré nada, puesto que ya habré muerto.
Nada sabré yo entonces del vivir placentero. . .
Pero aquellos que lean este libro sincero,
Al saber de mis ojos la mirada ardorosa,
Vendrán hacia mí sombra sonriente y luminosa,
Con el corazón lánguido y el alma resentida,
Pues habrá en mis cenizas más calor que en su vida. . .

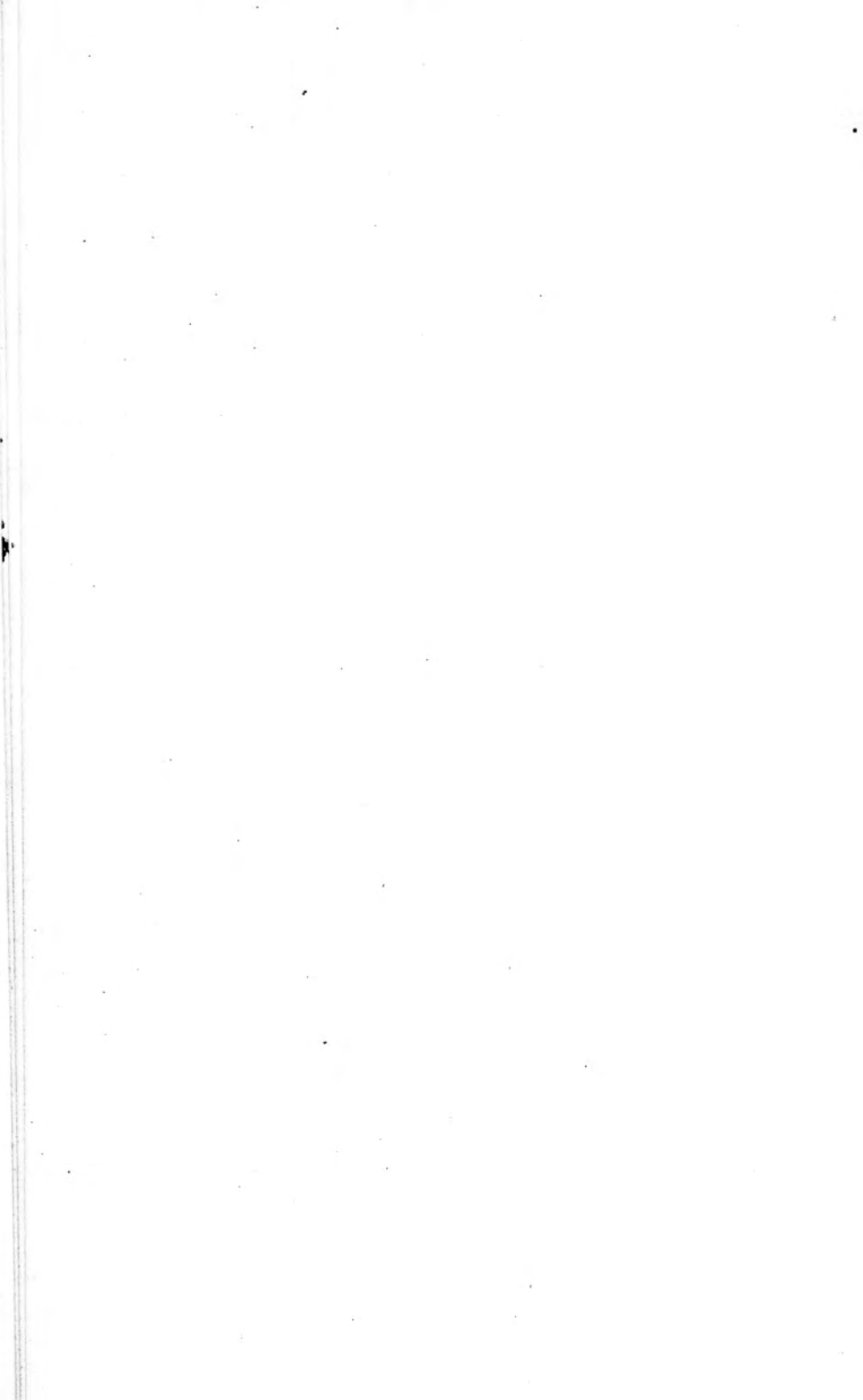
(L'Ombre des jours.)

LEON-PAUL FARGUE (1878)

Nocturno

UN brazo impreso de oro desciende de los árboles
Y empieza a deslizarse tintineando en las ramas.
Las hojas y las flores se abrazan y se entienden.
He visto en la dulzura de la tarde un lagarto.
Diana sobre el estanque se inclina y enmascara.
Un zapato de raso cruza el claro del bosque
Cual reclamo de cielo que torna al horizonte.
Las barcas de la noche a partir se disponen.

Otros vendrán más tarde a ocupar ese banco.
Otros mirarán esto cuando yo ya no exista.
La luz olvidará a quienes más la amaron.
No hará ningún llamado encender nuestros rostros.
No hará ningún sollozo resonar nuestro amor.
Las ventanas extintas.
Pareja de extranjeros por la calle grisácea.
Las voces,
Otras voces cantarán, y otros ojos sabrán llorar entonces
En una casa nueva.
Se consumará todo, se perdonará todo.
La pena será fresca, novísima la selva.
Y acaso Dios conceda, a dos nuevos amantes.
La dicha que a nosotros nos brindara en promesa.



VALERY LARBAUD (1881)

Oda

PRÉSTAME tu gran estruendo, tu majestuosa marcha tan
|serena.

Tu resbalar nocturno a través de Europa iluminada.

¡Oh tren de lujo! y la angustiada música

Que zumba por tus pasillos de dorado cuero.

Mientras que tras las puertas de relucientes lacas, con picaportes
|de pesado cobre.

Duermen los millonarios.

Recorro canturreando tus pasillos

Y sigo tu carrera hacia Viena y Budapest,

Mezclando mi voz a tus cien mil voces,

¡Oh Harmonika-Zug!

Yo he sentido por vez primera toda la dulzura de vivir.

En un compartimento del Nord-Express, entre Wirballen y
|Pskow.

Rodábamos a través de praderas donde pastores,

Al pie de grupos de grandes árboles semejantes a colinas.

Vestían pieles de carneros crudas y sucias. . .

(Las ocho de la mañana en otoño, y la bella cantatriz

De ojos violetas cantaba en el compartimento inmediato.)

¡Y vosotros, grandes cristales a través de los cuales he visto
|pasar Siberia y los Montes del Samnio.

Castilla áspera y sin flores, y el mar de Mármara bajo una
 [lluvia tibia!
 Prestadme, oh Orient-Express, Sud-Brenner-Bahn, prestadme
 Vuestros milagrosos ruidos sordos y
 Vuestras vibrantes voces de prima de guitarra:
 Prestadme la respiración fácil y leve
 De las locomotoras esbeltas y delgadas, de movimientos
 Ágiles, las locomotoras de los rápidos.
 Que preceden sin esfuerzo a cuatro vagones amarillos con letras
 [de oro
 Por las soledades montañosas de Serbia,
 Y, más lejos aún, a través de Bulgaria llena de rosas. . .

¡Ah! es preciso que esos ruidos y que ese movimiento
 Penetren en mis poemas y digan,
 Por mí, mi vida indecible, mi vida
 De niño que no quiere saber de nada
 Que no sea esperar eternamente cosas vagas.

(A. O. Barnabooth, *ses Œuvres complètes*, ed. de *La Nouvelle Revue Française*, 1913; separadamente: *Les Poésies de A. O. Barnabooth*, *La Nouvelle Revue Française*, 1923.)

Europa

I

UNA medianoche en el mar como hay tantas:
 El Cunarder con rumor suave sobre el mar sin luna.
 Haría calor, si no fuese por esta brisa.
 El ruido de la ola más próxima: una salpicadura:
 Y otra ola un poco más lejos: una aspersion:
 Y otra más: un retumbar lejano;
 Y otra, volviéndose, hace "¡Chut!"

Y todas las olas del mar murmuran prolongadamente.
 Bajo los puentes, los salones están colmados de luz,
 Y llenos de señores vestidos de negro y de señoras con trajes
 |escotados.

Saborea ¡oh débil corazón! la angustia de esta hora,
 Piensa tan sólo en tu infancia. Qué, ¿lloras?
 No, no, retén tus lágrimas: escucha a los *tziganes*
 Que tocan en el restaurante, hacia popa. . .
 El poeta está de pie junto a su compañera
 Recostada sobre un diván, bajo sus pieles, hacia proa.
 "Un ángel, una joven española" que por momentos,
 Pensando en él, le dice a media voz:
 "Mein Liebling!"

Y de nuevo el ruido indiferente de las olas. . .
 ¡Hola! ¡un relámpago!
 Mas no; no es posible; hace buen tiempo. . .
 Y siempre el viento y el ruido de las olas interminables. . .
 ¡Otro aún! ¡Allá, allá lejos, mira!
 Siempre en aquel mismo rincón del cielo,
 Pasa como una hoz sobre las avenas,
 ¡Hola!, otro;
 Dura un segundo apenas. Se diría
 Que gira.
 Allí: ¡ahí pasa!. . .
 He visto girar la lumbre; el faro, como un demente.
 Torna su cabeza flameante en plena noche, gigantesco der-
 |viche.

Y, en su vértigo de luz,
 Ilumina el camino de los campos, el seto florecido, la choza,
 Y el ciclista moroso, y el carruaje del médico sobre la landa.
 Y los abismos desiertos por donde el paquebote navega.
 He visto girar la lumbre, y callo.
 Mañana a primera hora, las gentes del salón, subiendo sobre
 |el puente
 Donde el viento les excitará las mejillas y los ojos fríos.
 Exclamarán: "¡La Tierra!"
 Y se extasiarán en sus bufandas.

Europa, bien veo que eres tú, te sorprendo de noche.

Torno a encontraros en vuestro lecho perfumado. ¡oh mis
| amores!

He visto la primera y más adelantada
De tus millares de luces.

Allí, en ese rinconcito de tierra, todo carcomido
Por el Océano que abraza inmensas islas
En los múltiples repliegues de sus abismos desconocidos,
Allí, están las naciones civilizadas,

Con sus capitales enormes, tan luminosas, de noche,
Que hasta por encima de los jardines lucen un cielo de color
| de rosa.

Los suburbios se dilatan sobre las praderas ulceradas,
Los faroles alumbran las rutas más allá de las puertas:
Los trenes iluminados se deslizan entre las cunetas;
Los vagones-restaurantes están repletos de personas sentadas a
| la mesa:

Los carruajes, en hileras oscuras, esperan
Que las gentes salgan de los teatros, cuyas fachadas
Se yerguen enteramente blancas bajo la luz eléctrica
Que silba en los lechosos globos incandescentes.
Las ciudades salpican la noche como constelaciones:
Las hay en la cima de las montañas,
En la fuente de los ríos, en medio de las llanuras,
Y sobre las mismas aguas, en las que ellas contemplan sus luces
| rojas. . .

“Mañana, todas las tiendas estarán abiertas, oh mi alma. . .”

II

Nada de países coloniales, que sólo tienen para sí
Las maravillas de la naturaleza, y que no han sabido
Procurarse ni siquiera un Teócrito.
Repulsa de días enteros pasados en la hamaca,
Levemente vestido, en ciudades sin tiendas.
Repulsa de cacerías de animales feroces, de residencias

Reales de las Indias y de ciudades de Australasia,
 Donde no se hace más que pensar en ti, por ti, Europa.
 ¡Porque allí, entre las brumas, están las bibliotecas!
 ¡Oh aprenderlo todo, oh saberlo todo, todos los idiomas!
 Haber leído todos los libros y todos los comentarios:
 ¡Oh, el sánscrito, el hebreo, el griego y el latín!
 Poder entender un texto cualquiera
 A primera vista, y dominar el mundo,
 Por la ciencia, desde las bambalinas, como si se tuviese
 En un solo puño los cordeles de esos títeres multicolores.
 ¡Sentir que se está tan alto que ya nos aferra el vértigo.
 Como si alguien os murmurase las palabras:
 "Yo te daré todo eso", sobre la montaña!

III

¡Europa!, tú satisfaces esos apetitos sin límites
 De saber, y los apetitos de la carne,
 Y los del estómago, y los apetitos
 Indecibles y más que imperiales de los Poetas.
 Y todo el orgullo del Infierno.
 (Yo me he preguntado a veces si tú no eras uno de los
 | peldaños, un cantón adyacente, del Infierno).
 ¡Oh Musa mía, hija de las grandes capitales, reconoces tus
 | ritmos
 En ese retumbar incesante de las calles interminables!
 Ven, quitémonos nuestros trajes de noche, y pongámonos
 Yo esta chaqueta raída y tú ese vestido de lana,
 Y mezclémonos entre el pueblo trivial al que ignoramos.
 ¡Vamos a danzar al baile de los estudiantes y de las modis-
 | tillas.
 Vamos a encanallarnos al café-concierto!
 Dite
 Que sólo somos aquí huéspedes de paso
 Cuyos rastros se marcan apenas, sin duda,
 Sobre ese barro liviano y brillante que hollamos.

Cuando así nos plazca, regresaremos a las selvas vírgenes.
 El desierto, la pradera, los Andes colosales,
 El Nilo blanco, Teherán. Timor, los mares del Sur,
 Y toda la superficie planetaria nos pertenecen. cuando que-
 | rramos!

Porque si yo fuese uno de esos que viven siempre aquí
 Trabajando desde la mañana hasta la noche en las fábricas,
 Y en las oficinas, y que van a veladas.
 O a desempeñar por centésima vez un papel cualquiera en un
 | teatro.

O a los círculos, o a las reuniones hípias,
 No podría soportarlo y, como un campesino
 Que regresa después de haber vendido su cosecha en la ciudad,
 Yo partiría,
 Con un bastón en la mano, e iría, e iría.
 Marcharía sin detenerme hacia el Ecuador!

¡Para mí,
 Europa es como una sola gran ciudad
 Llena de provisiones y de todos los placeres urbanos,
 Y el resto del mundo no es más que campo abierto donde.
 | sin sombrero.
 Corro de cara al viento lanzando gritos salvajes!

IV

En Colombo o en Nagasaki leo los Baedekers
 De España y de Portugal o de Austria-Hungría;
 Y contemplo los planos de algunas ciudades de secundaria
 | importancia.

Y medito su descripción sucinta.
 Allí están señaladas las calles donde habité,
 Los hoteles donde iba a comer, y los teatrillos.
 Son ciudades a las que nunca visitan los turistas.
 Y las cosas permanecen invariablemente en su sitio
 Tan inmóviles como las palabras en las páginas de un libro.

Tan pequeños como en el extremo menor del antejo de larga
| vista.

(¡Oh ruta y caballos montenegrinos, qué terrores
Me habéis inspirado en aquel viejo landó azul!)
La diligencia roja vuela hacia adelante
Por este país de piedra grisácea, donde un árbol
Es agradable a la vista como toda una selva,
Por este país grisáceo y negro, donde en el fondo de valles,
Profundos como pozos, se columbra
Campos inverosímilmente pequeños, verdes, azules, amarillen-
|tos y gris claro, enmarcados de piedras,
Como un jirón de la malla de Arlequín caído allí.
Pero Njegos es una aldea roja y blanca, clara y alegre,
En un valle donde recién se han secado las aguas del diluvio.
Rutas tristes de los alrededores de Cetiñé (con el Belvedere):
| y a veces

En la nitida aridez mineral de esos abismos
Que hacen pensar en paisajes lunares,
Estalla bruscamente, como si las piedras hablasen, una música
Dura, triste y bien escandida, y que colma
Al cielo atiborrado de rocas con su algarada creciente.
Y el alma inquietada se turbaba y no sabía qué responder
A esas voces bien ordenadas oídas por todas partes
En la absoluta soledad,
Hasta que aparecían por fin en un recodo del camino las pri-
|meras filas de un regimiento granate y azul.
Después, hacia Rjeka, cuando se ve, como en un nuevo mundo,
El lago de Escútari,
Hay tristes tiendas en pleno viento, recubiertas de roja tela
|de Andrinópolis que huele fuertemente.
Y albaneses blancos, bordados de negro, pasan adustamente.
Con armas en la cintura. . .
Y mientras que los grandes barcos de Oriente y del Pacífico
Duermen, bajo el aderezo de todas sus luces encendidas,
En el inmenso puerto de Extremo-Oriente, vuelvo a ver
Desde la ventana del comedor del Grand-Hotel, en Cetiñé,
Las casas bajas y pintadas en colores deslucidos,
Y la tristeza de las ciudades eslavas, aún más triste
Al sentirse desarraigada en este país.

Al enorme perro del Grand-Hotel Vuletich, *Turco*, creo, me
 [parece
 Volverlo a ver echado al sol, lindo animalito color de café
 |con leche:
 Dormía en la calma de la aldea-capital. . .
 Pobre y pesado *Turco*, quizá está muerto, ahora. . .

V

¡Agua del Océano Atlántico
 En la bañera de plata de mi casa de Londres,
 Cómo tu olor es suave y áspero, mientras
 Que con un brazo húmedo
 Agito frente a mi rostro una pantalla perfumada!
 ¡Oh aquí me hallo bien, por fin, con el Océano en mi propia
 |casa
 Y Grosvenor Square visto entre las mil flores de las ventanas!
 ¡Mi hermosa casa! (Qué diferente
 De aquella en que nací en Campamento,
 Al borde del desierto de Arequipa — lejísimo.)
 ¡Mas qué! siento que le es necesario a este corazón vagabundo
 La trepidación de los trenes y de los navios,
 Y una angustia sin dicha y alimentada sin tregua.

VI

ESTOCOLMO

Muchachitas que vendéis periódicos, vestidas de corto,
 De azul claro con blancos cuellos marinos,
 Aquí estáis de nuevo, siempre misteriosas para mí.
 No se sabe; tenéis entre doce y veinte años:
 Uno se pregunta si, además, tenéis pretendientes:
 Todas os parecéis no solamente en el traje.

Sino también en el rostro, hermosos rostros blancos, brillantes.
 De rasgos amablemente duros, de ojos huraños y azules.
 Hace algunos años, estuve enamorado de todas vosotras.
 Como he estado enamorado de floristas romanas,
 De jovencitas de la isla de Marken, que se va a ver desde
 [Amsterdam.

De campesinas de Corfú, y hasta
 De una falsa bohemia, organillera en Londres.
 El disfraz conmueve siempre a mi corazón de poeta,
 Y el veros me hace imaginar aventuras.

¡Djügarden, pálidos jardines lejos de los largos andenes de
 [piedras

Grises de un gris tan suave, tan puro y estival!
 Quiero errar entre esos bosquecillos, a lo largo de esos teatros.
 Con el corazón embebido en caloric-punch helado.
 Iré a los jardines de los restaurantes
 Donde hay señores ebrios que duermen apoyados sobre las
 [mesas:

Iré a oír ahí las últimas canciones de Berlín.
 Y después miraré el escaparate maravilloso
 Del vendedor de fonógrafos situado en el ángulo del Arsenal-
 [sgatan
 Y la estatua de Carlos XII me sonreirá entre el verdor de esta
 [plaza umbrosa y suave
 Donde he sufrido.

Stromparterren, plaza donde se bebe, al borde de las aguas,
 Como en el agua, y debajo de un puente, debajo del follaje.
 De tarde, caloric-punch, y licores que sólo se sirven
 En frascos de un cuarto de litro, que es necesario vaciar ente-
 [ramente.

Esto es lo más grato de Estocolmo.
 Esto hace pensar en Venecia y en las tardes sobre el Támesis.
 Y es más hermoso que las vendedoras de periódicos.
 Y, para resguardaros de la humedad de las noches
 Se os hace envolver en un rebozo de lana
 De un rojo muy intenso, de suerte
 Que todas las señoras son Caperucitas Rojas.

VII

LONDRES

Después de haber amado ojos en Burlington-Arcade,
Recorro Piccadilly a pie, pausadamente.

¡Oh ráfagas de primavera entremezcladas con emanaciones
|úricas.

Entre las verjas del Green Park y la estación de los cabs,
Cuánta emoción hay en vosotras!

Después, sigo Rotten Row, hacia Kensington, más sereno,
Menos impregnado de poesía, menos bajo el encanto
De esos colores, de esos olores y de ese atronar de Londres.
(¡Oh Johnson!, comprendo tu corazón, sabio Doctor,
Ese corazón que resonaba plenamente con los ruidos de la gran
|ciudad:

El horizonte de Fleet Street bastaba a tus ojos.)
¡Oh jardines verdes y azules, nieblas blancas, velos malvas!
Rayando el agua de hosco platino del Estanque,
Que duerme bajo la gasa impalpable de una bruma suntuosa.
La larga estela de un ave acuática color de herrumbre. . .

Allí está el Támesis, que la señora d'Aulnoy
Estimaba "uno de los más hermosos cursos de agua del
|mundo".

Sus personajes históricos allí navegaban, en verano.

Al caer la tarde, rasgando el reflejo blanco
De las primeras estrellas:

Y las barquillas, tapizadas de seda, cargadas de príncipes
Y de damas recostadas sobre almohadones bordados,
Y Buckingham y las meninas de la Reina.

Avanzaban suavemente, como un sueño, sobre el agua.

O como nuestro corazón se mecería largo tiempo.

Acompañándose por los hermosos ritmos de los versos reales
|de Alberto Samain.

La calle reluciente en que todo espejea;
 El ómnibus multicolor, el cab negro, la muchacha de rosa
 Y hasta un poco de sol poniente, se diría...
 Los techos lavados, la plazoleta azulada y vaporosa...
 Las nubes de cobre sucio elevándose lentamente...
 Calma y tibieza húmeda, y olor meloso de tabaco;
 Los dorados de ese libro tórnanse más fulgentes a cada ins-
 |tante: un ensayo de sol, sin duda.
 (Demasiado tarde, la noche lo atraparà fatalmente.)
 Y he aquí que después del chubasco estalla el órgano de
 |Barbaria.

VIII

BERLÍN

Joven posteridad del más grande de los grandes hombres,
 Ya desbordas sobre el mundo por todos los lados.
 Y, desde mi última estada,
 Moabit ha crecido como una ciudad americana.
 Madre de numerosos hijos, Berolina fecunda,
 Aspiro tu aire gozoso y frío, puro y grandioso
 Con deleite, en esta tarde de noviembre.
 ¡Es pues el aire que él ha respirado, él también,
 El príncipe de nariz prominente debajo del tricórnio!
 Nada se les ha cambiado a los viejos palacios Luis-Catorce.
 |Aquí
 Todo data del rey de Prusia, y nada importante
 Se ha construído desde 1810. El podría volver
 A la hora de la revista, en una mañana áspera y azul,
 En la Opernhaus Platz, y encontraría,
 En su sitio eterno, los viejos monumentos seudoclásicos:
 Pero a su alrededor,
 Como Boston, Nueva York, San Francisco y Chicago,
 Empujando hacia los horizontes sus calles inmensas y sus
 |casas enormes.
 Sin término visible, su ciudad.

IX

Ciudades, y más ciudades;
 Conservo recuerdos de ciudades como se guardan recuerdos de
 | amores:

Pero, ¿a qué hablar? A veces me ocurre,
 De noche, soñar que me encuentro en una, o bien en otra,
 Y a la mañana me espierdo con un deseo de viaje.

¡Dios mío, hay que morir!
 Será preciso acompañar a través de la enfermedad y en la muerte
 A este cuerpo al que sólo se había conocido en el pecado y en
 | el goce:

¡Oh escaparates de las tiendas de las calles anchurosas de las
 | capitales.

Llegará un día en que ya no reflejaréis el rostro de este tran-
 | seunte:

¿Tantas andanzas en los paquebotes y en los trenes de lujo.
 Terminarán pues un día en el boquete de la tumba?

Se colocará al animal vagabundo dentro de una caja,
 Se cerrará la cobertura, y todo estará dicho.

¡Oh!, que me sea dado, aún una vez,
 Tornar a ver algunos lugares queridos, como
 La Plaza del Pacífico, en Sevilla;

La Chiaja fresca y rebosante de gente;

En el jardín botánico de Nápoles

El helecho arborescente, el árbol-muchachita

Al que amo tanto, y además,

La sombra tenue de los pimenteros de la Avenida de Kephis-
 | sia:

La plaza del Viejo-Faleros, el puerto de Munychia, y además

Las viñas de Lesbos y sus hermosos olivares

En los que he grabado mi nombre de poeta lírico:

Y después, además,

Esa playa, Quersoneso, cerca de Sebastopol.

Donde el mar se mece entre las ruinas, y donde un sabio

Muestra amorosamente un espantoso ídolo Kirghize,
De gruesos labios, con una sonrisa estúpida sobre sus abultadas
|mejillas de piedra.

Y sobre todo, ah sobre todo, Kharkow,
Donde sentí, por vez primera,
El suspiro virginal de la Musa dilatar mi pecho tímido:
Una ciudad para mí:
Cúpulas de oro en el seno de las soledades.
Palacios en el desierto, cálido sol rojizo a lo lejos sobre el
|polvo:

Y, en los barrios pobres,
Las mil muestras de los comerciantes en ropas:
Las casas bajas, de muros blancos cubiertos
Por gruesos hombrecillos pintados, sin cabeza...

X

Y tú, Italia: un día, de rodillas,
Besé piadosamente tu tierra tibia, tú lo sabes;
¡Oh región del Cielo (¿no eres de zafir, de azur y de plata?)
Región del Cielo, encadenada
En medio de las olas que se tornan, para el exilado,
Semejantes a otro Cielo!
¡Oh encadenada por la Nereidas, como Andrómeda,
Mentalmente, desde aquí, una vez más,
Beso con sagrado horror tu vientre
Y tus hermosos flancos fecundados por los dioses!...

XI

Al extremo de la callejuela pina, reconozco
Ese cielo y esa mar, y también ese perfume.
Y, ribera, me precipito hacia ti.

¡Oh mi Welschland bendita! ¡Romania solar!

¡Gloriosos estiércoles, andrajos divinos, héos aquí:
Niños desnudos, ocre viejecillos fumadores de pipas,
Viejecillas de manos oscuras, adolescentes de resonantes voces.
Y tú, mar!

Dejadme solo, dejadme solo con la mar.

Tenemos tantas cosas que decirnos, ¿no es verdad?

Ella conoce mis viajes, mis aventuras, mis esperanzas:

Me habla de esto mientras se quiebra

Contra los bloques de granito y de cemento de la escollera.

Está declamando a mi juventud en italiano.

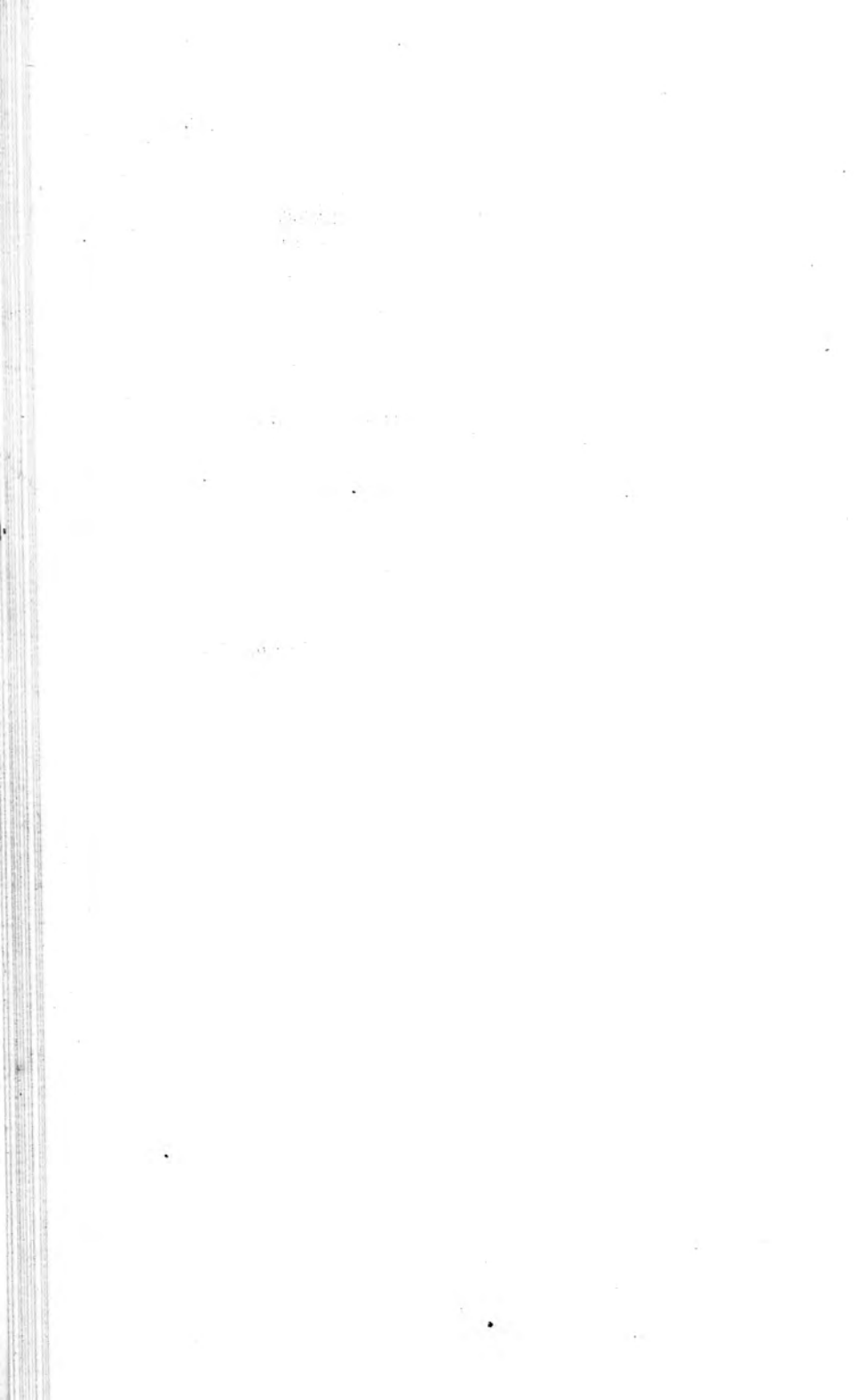
Por un instante cantamos y reímos juntos;

Pero ya es la historia de otro lo que ella cuenta.

Arrojemos arena y guijarros a la olvidadiza.

¡Y partamos!

(Poésies de A. O. Barnabooth.)



RENE ARCOS (1881)

A los que no conozco

ENTRE todos los hombres,
Vosotros: los destinados
A encontrarme,
Todos los que no conozco
Y que debo conocer algún día,
Viviendo en mi ciudad,

Atravesando mi patria,
O lejos por el mundo!
En la noche más bella,
Con sus hálitos prodigiosos
Y su poema de claridades,
Que la iglesia festiva donde se comulga,
Sé por vez primera
Que nacisteis y que sois.

En el silencio de la noche
El alma se muestra sin esfuerzo,
Así la mía se fué hacia vosotros
Y os conquistó
Y se mece ahora llevando las vuestras.

Invento vuestra vida
Y me agiganto con ella,
Os veo muy cerca,

Os veo a lo lejos,
Os reuno bajo mi vista,
Y soy como un huésped entre sus convidados.
Muy alto sobre mi cabeza,
El espacio es alegre
Como en el instante del brindis
Cuando contiene las copas.
Os veo tan bien que tiendo mi mano
Para apoyarla sobre vuestros hombros.

Tú serás mi amigo algún día,
Tú que estás sentado delante de la escalinata
De tu jardín ebrio de rosas
Y que fumas bajo las estrellas
En la gran paz vespertina.
El silencio es tan puro
Que oigo el murmullo ritual de tus labios.
La noche es tan pálida
Que veo enroscarse, ascender, luego perderse,
No tan alto como tus pensamientos.
El humo azul de tu pipa.
Yo sabré pronto el sonido de tu voz.
Tú que has bebido tanto
Y derrochado tanto rojo entusiasmo
En la hora en que el poniente agitaba en la ciudad
Sus banderas de llamas
Y dejaba caer
Sobre todas las cabezas.
Todas sus coronas;
Tú que has bebido tanto, hablado tanto, reído tanto.
Tú que ya duermes
Con avidez y enteramente vestido.
Mientras la noche
Pasa una esponja de frescura sobre tu rostro.

Jovencita que te quitas las peinetas
Y dejas fluir tan hermosos cabellos
Vanamente, en la sombra,
También te conoceré.

¡Oh vosotros a quienes nunca he visto
Y a quienes debo amar algún día!
Mis ojos reconocerán a los vuestros.
Será sin duda en una sala
Y debajo de luces.
Tal vez será en mi casa.
Yo abriré la puerta y vosotros entraréis.

Habrà esos preámbulos delicados
Que hay al partir hacia las amistades nuevas.
Vosotros titubearéis,
Vuestros ojos sonreirán,
Después hablaremos
Y en nuestras palabras se insinuará
El alma nunca saciada y muy antigua,
La que aspira y reivindica,
La que domina
Y cuyo orgullo no tiene límites.

Me aportaréis
A mí mismo en vosotros,
Me ayudaréis a erigirme
Altamente sobre mí mismo
Y seréis los mensajeros
Del hombre más veraz, más puro y poderoso
Que nacerá de mí.
Mi fuego aumentará con todas vuestras antorchas,
Marcharemos como un cortejo,
Y vosotros podréis, confiados y serenos,
Reposaros bajo mi luz
Como bajo la tienda.
¡Esto será!
Yo os acompañaré en la noche hasta el descanso de la escalera.

Os veo tan bien
Que realmente creo haberos dejado
Y que ya me hacéis falta.

¡Acercaos! ¡Acercaos!
¡Me levanto sobre el mundo!

Os espero de pie,
Con la mano tendida.
Los nudos titubean, se aflojan,
Los lazos sutiles se relajan,
El vigía perdido señala la tierra.
Grandes discos rojos
Estallan en la noche,
Se apresuran pasos por los caminos,
Salen hombres de una muchedumbre,
Y os veo venir hacia mí.
Llamáis mi atención con los pañuelos,
Venís a mí sobre los andenes,
Me llamáis desde los altos balcones
Y yo sonrío a vuestros rostros.

(Homme vivant.)

GEORGES DUHAMEL (1884)

Balada del desposeído

Es un hombre que todo lo terreno ha perdido,
Es un hombre a quien todo ya le fué retirado.

Sobre el lecho doliente, con plena indiferencia,
Llagados y ateridos ha depuesto sus miembros.

A la misma cabeza la abandona a su peso:
¡Muy poco importa el sitio donde rueda la carga!

No solicita nada, no insinúa una queja.
No pronuncia una sílaba: todo lo tiene dicho.

Deja oír solamente — quedamente — un suspiro,
Un suspiro angustioso que casi no es humano.

¿Qué hace aquí entre nosotros? Ya carece de todo.
Parece liberado ya de toda esperanza.

¡Despojado se siente de alegrías y goces;
Apenas si le resta la vida intolerable.

Sólo es suya esa llama débil y moribunda,
Sólo algunos recuerdos que apartar es preciso.

Se acabó. Cuanto pudo realizar ya está hecho:
Y cuanto le exigieron, también está cumplido.

Se acabó. Vedle ahora ajeno a toda lucha.
Yace allí como un hombre terriblemente libre.

Su mirada desierta contempla alguna nube
Que refleja, en lo alto, invisibles países.

Y a veces esos ojos se posan en nosotros
Que perseguimos tanta preocupación inútil.

¿Qué hace, pues, con nosotros, aquí, el desposeído?
¿El viajero que espera que el viento se levante?

Nosotros lo miramos en profundo silencio,
Nosotros lo miramos con horror infinito.

Y, en el fondo de nuestras almas amortiguadas,
Una cordial envidia, misteriosa, aparece.

(*Elégies*, ed. *Mercuré de France*, 1920.)

JULES SUPERVIELLE (1884)

La pampa

EL trotecito de los gauchos me modela,
las orejas fijas de mi caballo me ayudan a situarme.
Vuelvo a encontrar en su plenitud lo que ya no osaba enfrentar,
ni siquiera por el ventanillo de una hipótesis,
toda la Pampa extendida a mis pies como hace siete años.
¡Oh Muerte, heme aquí de retorno!
Tenía entendido sin embargo que no me dejarías volver a ver
|estás tierras.
me lo había dicho una voz que se asemejaba a la tuya, una voz
|que era la tuya, porque tú solo te pareces a ti misma,
y ahora soy como ese relincho que no sabe que existes.
Encuentro cómico haber dudado tanto de mí y es de ti de quien
|dudo, oh Encarecida,
hasta cuando mi caballo franquea los huesos de un buey lim-
|piamente blanqueados por los buitres y por las águilas.
o cuando un olor de res frescamente desollada, al pasar, me
|barrena las narices.
Me identifico con la Pampa que no conoce la mitología, con el
|desierto orgulloso de ser el desierto desde los tiempos
|más abstractos
e ignorante de los Dioses del Olimpo que ritman todavía el
|viejo mundo.
Me adentro en la llanura que carece de historia y que tiende
|hacia todos los lados su piel dura de vaca que siempre
|ha dormido en descampado,

y que por toda vegetación no tiene más que algunos talas.
 |ceibos, pitas, que no conocen el griego ni el latín,
 pero que saben resistir el viento devorador del polo,
 con toda su vieja astucia bárbara
 oponiéndole la grupa concentrada de su ramaje hormigueante
 |de espinas y sus hojas a manera de hachazos.
 Me mezclo con una tierra que no depende de nadie y que se
 |veda parecerse a esos paisajes manufacturados de Europa,
 |sangrados por los recuerdos,
 a esa naturaleza extenuada y jadeante que sólo tiene accesos
 |de luz,
 y que, arrepentida, borra en el invierno lo que hizo durante
 |el verano.
 Avanzo bajo un sol que no teme las intemperies que emplea
 |sin tacañería sus potes de fresco color local para cielos a
 |pleno viento que de un solo tirón se van hasta el cénit,
 |y que sujeta en sus rayos, como con lazo, a un gaucho
 |montado, palpitante.
 Las nubes no son para él pretextos para una melancolía dis-
 |tinguida,
 sino rudos amigos de otra raza, que tienen otras costumbres,
 |con los cuales se puede conversar,
 y las tormentas cortas son bruscas fiestas comunes en las que
 |cielo, sol y nubes
 concurren de buen grado y diafrutan de su placer y del de los
 |otros,
 en las que la Pampa
 rueda enteramente ebria por el lodo tenaz en que zozobran las
 |lejanías,
 hasta la hora de las golondrinas
 y de las últimas nubes, la espalda redondeada contra el viento
 |del sur,
 cuando la tierra, sobre todo el contorno del horizonte bien
 |engarzado, seca sus charcos, y su ganado y sus pájaros
 bajo el cielo resonante de las exclamaciones del sol que pro-
 |cura recoger sus rayos dispersos.

En el espacio y en el tiempo

AQUÍ estamos los dos como frente al mar
bajo el avance salino de los recuerdos.

Desde tu sombrero aéreo hasta tus talones casi puntiagudos
eres ligera y sensible
como si los pájaros estriados por la luz de tu patria
remontasen la corriente de tus sueños:

¡Ah! tú quisieras echar puentes de sol entre países que separan
| los océanos y los climas,
y que se ignorarán siempre.

Las tardes de Montevideo no serán coronadas de celestes rosa-
| ledas pirenaicas,
los montes del Janeiro siempre ardientes y nunca consumidos
| no palidecerán bajo los dedos delicados de la nieve
| francesa,

y tú no podrás oír, a no ser en el corazón, la marca de las
| avenas argentinas,
ni formar un solo amor con todos esos amores que jalonan tu
| alma,

y cuyas miles humaredas no se enlazarán nunca en el trenzado
| de una sola humareda.

Que tus párpados rápidos se resignen. ¡oh desesperada del
Espacio!

No te aflijas, tú cuyo tormento no remonta como el mío hasta
| las edades que tiemblan detrás de los horizontes,

tú no sabes lo que es una ola muerta hace ya tres mil años. y
| que renace en mí para volver a perecer.

ni la alondra inmóvil desde hace varias décadas que se con-
| vierte en mí en una alondra enteramente nueva,

con un corazón rápido, rápido,
urgido de concluir;

No te aflijas, tú que ves en la noche a una amiga que asombra
| tu sonrisa aguzada por la caída de la tarde,
en la noche armada de estrellas innumerables y hormigueante
| de siglos,
que me fuerza, para medir su violencia,
a volcar la cabeza hacia atrás
como hacen los muertos, amiga mía,
como hacen los muertos.

(*Debarcadères.*)

JULES ROMAINS (1885)

Oda a la muchedumbre que está aquí

MUCHEDUMBRE! Tú ocupas el hueco del teatro,
Dóciles a los muros, tus carnes se moldean;
Y tus filas se alejan de mí como un reflujo.

Eres.

La luz ambiente toda te pertenece.
Bajo tus densas alas el gran claror incubas,
Y lo amas como el águila a su propia nidada.

La ciudad está allí, cerca; mas tú ya no la escuchas.
En vano aumentar quiere el rumor de sus calles,
Golpear contra tus muros y desear que tú mueras,
No has de escucharla ya, y estarás, Muchedumbre,
Plena de tu silencio único y de mi voz.
Eres cálida como la pulpa de una carne;
De tus múltiples ojos que contra mí convergen
No sé si la pupila es negra o azulada:
Mas siento que me tocan; que me imponen su fuego
En el pecho, y los siento, a todos de consuno,
Cruzarse en mi epidermis como un millar de espadas.

Me quemas. Sin embargo no lograrás mi muerte.

La llama que tus cuerpos conservar ya no saben

Ha fluido a lo largo de nervios y miradas
 Y se concentra en mí que ahora ya soy tu cráter.,
 ¡Escucha! Lentamente una voz da mi carne.
 Y asciende, tiembla ella y tú tiemblas.

Comprueba

La ascensión de mi verbo a través de tu carne.
 Mi verbo va en tu busca, y te encuentra, y te aferra;
 Y rodea, de pronto, a tus almas rendidas.
 Y es invasión en ti y también es victoria.
 ¡Las palabras que digo, tú tienes que pensarlas!
 Penetran en hileras en todas tus cabezas.
 Se instalan brutalmente y en amos se transforman;
 Empujan y atropellan y arrojan hacia afuera
 Al alma que allí dentro se albergaba llorosa.

¡Todo lo que meditan quienes aquí se encuentran.
 Esa pena que arrastran desde hace muchos años;
 Esa pena de ayer, que aumenta; el dolor mismo
 Del que no dicen nada, del que no hablarán nunca,
 El que en la noche hace que devoren sus lágrimas;
 Y también el deseo que los labios reseca.
 Han terminado! ¡Basta! ¡Yo todo lo disperso!

¡Muchedumbre! Tu alma está de pie en mi cuerpo.
 Una fuerza de acero cuyos cabos poseo
 Atraviesa tu masa total, y yo la doblo.
 Tu forma soy yo mismo. Gradas y galerías
 Soy yo quien las empuño juntamente y las pliego.
 Como flexibles juncos, en mi propia rodilla.

¡No te defiendas, masa femenina,
 Yo te deseo, yo te poseeré!
 Deja pues que mi aliento al animarte
 Te cubra toda como el viento al mar.

¡Lo brusco de mi amor
 Conmueve tus mil huesos:
 Y mi brazo te asusta!

¡Hay algo en tí que resistirme quiere.
Oh Muchedumbre hembra, y no se atreve!

Pronto vas a morir a impulso de tus horas:
Los hombres, desligados, se irán hacia las puertas.
Las uñas de la noche te arrancarán la carne.
¡No importa!

Tú eres mía hasta que te anonades:
Estos cuerpos ya puede la ciudad arrebatarnos:
Guardarán en la frente como cruz de ceniza
El vestigio del dios que eres en este instante.

(*Odes et Prières*, ed. *Mercure de France*, 1913; *Nouvelles
Revue Française*, 1923.)



PAUL MORAND (1888)

Budapest, longitud de onda quinientos cuarenta y cinco

INÚTIL es atrasar la hora de la comida,
el día de julio no quiere marcharse.

A las 22 h. 10, la luz
perfora todavía los tilos
que tienen la piel tierna.

Filamentos blancos se desenmarañan por encima
del valle del Andelle,

ya no se sabe si se está en el Eure o en la Costa de Marfil, sobre
el Camoë.

A las 23 horas, después de un concierto estúpido por un
"prix de Rome".

La Torre Eiffel se duerme erguida, como los caballos.

Bonsoir messieurs. Bonsoir mesdames. Bonsoir mesdemoiselles.

Se apagan las casas y las ventanas acostadas sobre las pedre-
zuelas.

Daventry

expira en el jardín oscuro:

indiferente a las señales puntiformes de la Oficina de Longi-
tudes.

los conejos salen del bosque; mastican menta fresca,

— desde aquí se la huele —,

los perros extenuados duermen, con la cola sobre los ojos.

en la escalinata todavía caldeada.

Oigo a través de la Mancha
 la orquesta del Piccadilly Hotel
 y los comensales que gritan: ¡Otra vez!
 y, durante los silencios: *Wonderful!*
 Big Ben ha tocado la medianoche en Westminster: *Good bye*
 | *everybody.*

Me quedo solo con la Osa Mayor y los animales que hieden.

Un lirón

voltea una pera aún no madura.
 Entonces hago girar mi valija de caoba
 hacia todos los puntos de horizonte hertziano
 y procuro, con mis redondas orejas de ebonita,
 por encima del reposo occidental,
 unirme con la poesía nórdica (Hilversum 26.3.35)

o, por Estocolmo (longitud 1153)
 con los dioses escandinavos,
 que son los verdaderos amos de Normandía.

En el fondo de mi jardincillo,
 en los confines del Sena-Inferior,
 a las 0. h. 42

capto de pronto sobre una onda perdida
 una queja suave:

la extraigo de una confusión de chirridos y de señales mari-
 | *timas*

separo de ella las tormentas que crepitan,
 y la atraigo hacia mí.

Es una czarda

que llega por encima de los cuadrantes horarios y de los pa-
 | *sajes amodorrados por las lunas*
 llevada sobre el lomo redondo de la noche intereuropea, que
 | *se aquieta*

Budapest.

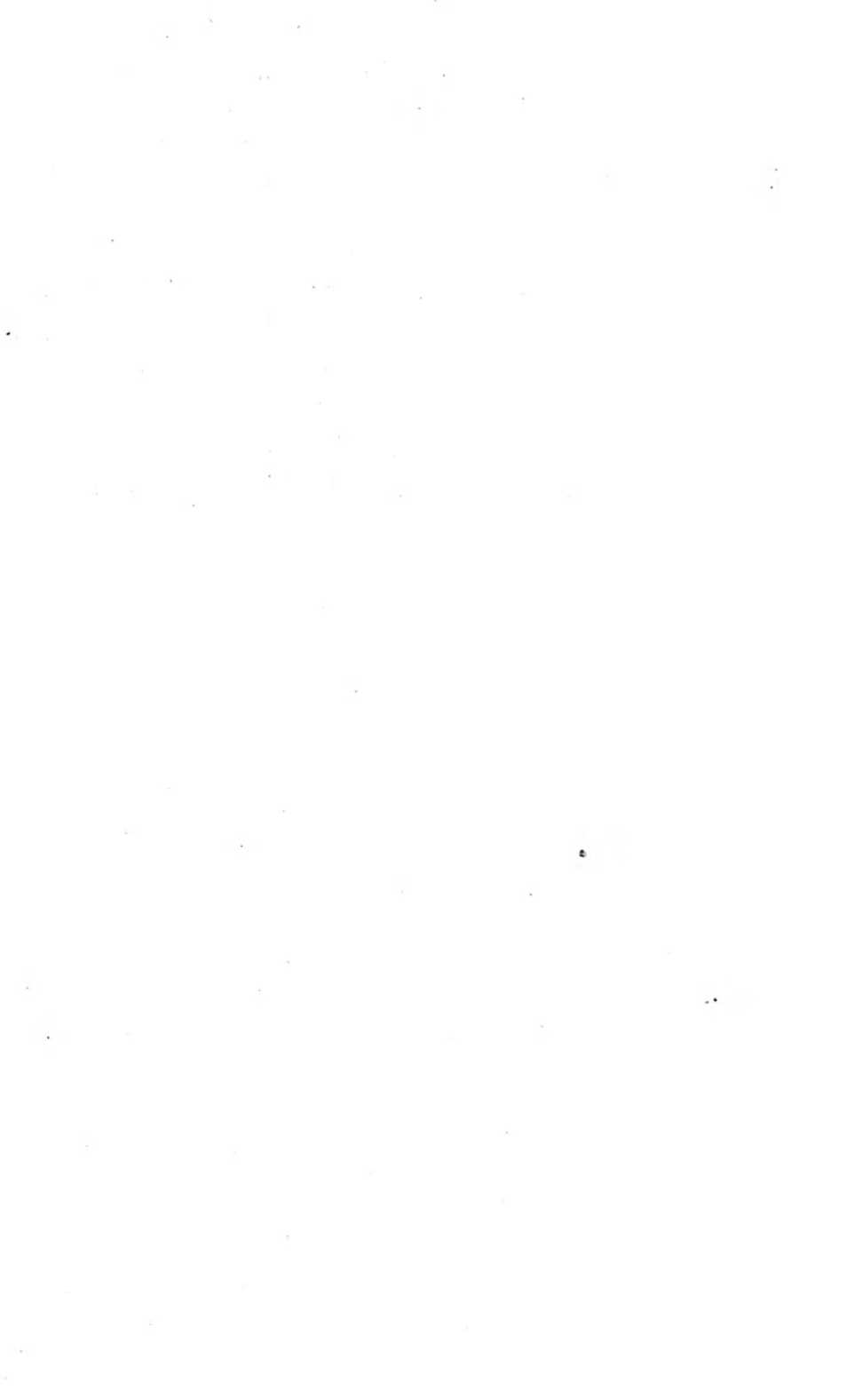
La rubia Hungría habla sin testigos
 a la Normandía verde,

los caballos salvajes saludan a las vacas;
 campesinos amarillos de cabello trenzado,

vestidos con los rígidos despojos del carnero donde están
 | *bordadas las flores de la primavera.*

tienden sus vasos de cuerno
y desdeñan mi sidra
mientras gime el violín siempre expirante
y siempre renaciente
y los címbalos vierten tempestades de plomo
bajo los golpes de tártaros rojos.
Se almacena todo el trigo de Hungría
y yo me avergüenzo por mi heno que fermenta en la noche
y que aún no ha sido aventado.

(*Papiers d'identité*, ed. Grasset, 1931.)



JEAN COCTEAU (1892)

Los ángeles inhábiles

LOS ángeles inhábiles os imitan, palomas.
L Vosotras a María saludáis, mientras ellos
Cuidan de nuestra Francia al pie de sus casetas.
Toda la noche, el cielo acopia margaritas:
La última cogida, ábrense los postigos.
El otoño ya llega y ya caen los ángeles,
Ángeles derramados como un jarro de leche.
Árbol de oro, la Opera da infinitas naranjas:
Sobre todo en lo alto el público las come,
Porque comer naranjas, en lo bajo, disgusta.

¿Mi poema en diez versos es hermoso o es feo?
No es ni feo ni hermoso, pero tiene otros méritos.

(*Vocabulaire*, ed. La Sirène, 1922.)

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE (1893)

A vosotros, Alemanes

A VOSOTROS, Alemanes — por mi boca al fin libre del sello
|de la taciturnidad militar — os hablo.
Nunca os he odiado.

Os he combatido a muerte, con el deseo tiesamente desenvainado
|de matar muchos de entre vosotros. Mi alegría ha ger-
|minado en vuestra sangre.

Pero sois fuertes. Y yo no he podido odiar en vosotros a la
|Fuerza, madre de las cosas.

Me he alegrado de vuestra fuerza.

Hombres, sobre la faz de la tierra, regocijémonos de la fuerza
|de los Alemanes.

Por mi parte yo alabaré a los muertos que mi nación les ha
|contado y felicitaré al planeta por llevar sus sobrevi-
|vientes.

Sus hombres son numerosos y valientes. Empujados por la
|fiera exigencia de sus jefes, han procedido, honrando a
|la historia con múltiples proezas.

Bendita sea la fe de los hombres que osan renovar el aspecto
|del mundo según el ideal que aman.

Con el orgullo de las razas maduras, así premeditaron vuestros
|amos, Alemanes, y vuestra potente obediencia aceptó el
|dolor de acarrear en vuestra sangre esta nueva invasión
|de lo grandioso en el mundo.

Generosa ambición de los pueblos fuertes que se agotan para
|alcanzar lo absoluto de la potencia y que se entregan

|al sueño temerario de propagar más allá de sus hori-
|zontes la Idea que adoran bajo su cielo.

Cuando por fin la plenitud ha sido lograda, que ardan brusca-
|mente en los ardores del paroxismo antes de esperar los
|marchitamientos pacíficos.

Hace solamente cien años

Los Franceses forjaron contra la paz del mundo su Idea
|dominadora

Y sus ejércitos labraron a Europa, veintitrés años, con el cruel
|arado de la buena nueva.

La idea está sedienta de sangre.

Mas que: diez batallas y el Alemán cesa de dormirar bajo
|ineptos reyezuelos.

Hoy, boca con boca, en el urgente cuerpo a cuerpo, el Alemán
nos insufla su ardor nuevo como para crear el mundo.

¿Contra el estupor de los pueblos cansados, hay algo que no
|no sea el cañón?

Os he combatido, Alemanes, pero no he querido negaros.

¿Cómo podía yo amaros mejor? Porque lo que yo amo en
|vosotros es lo que yo no soy.

A despecho de nuestra resistencia habéis podido desplegar
|vuestro esfuerzo y vuestra total grandeza.

En la lucha nos hemos exaltado.

Al fin somos iguales en el triunfo sobre la muerte.

Odio sano que nos separa y que nos permite ser y adornar el
|mundo con los pliegues magníficos de nuestra dife-
|rencia. En la pintoresca imperfección de la vida, nuestro
|mutuo desconocimiento es una apasionante aventura.

No renegaré de Charleroi y de que allí, gracias a vosotros,
|gracias a vuestro desafío animador conocí el innegable
|minuto

Cuando cargaba contra vosotros, a ochocientos metros, con
|mis deliciosos Franceses y que vuestras ametralladoras
|nos dieron una severa lección de técnica militar.

Desde ese primer día, los años se derramaron monótonos y a
|menudo no conocimos en las trincheras más que una
|bestial abominación.

Hasta en Verdún por momentos yo perdía la cabeza y recha-
|zaba el dolor.

Pero recordemos que es la vida. ¿Se le puede pedir más que el
|justificarse durante un minuto?

La paz con el amor — ¡oh Don Juan! — la paz con Dios —
|¡oh Pascal! — ¿acaso dió algo más?

Silencio sobre el Arte: ahora estamos exilados de él.

Para algunos hombres de Occidente pronunciaré la peligrosa
|confidencia: que nuestra dulzura asentada en el cum-
|plimiento y en la certidumbre acoja con manos firmes
|su violencia insatisfecha.

Que nuestra inteligencia reconozca la verdad de su instinto,
|y juzgaremos que la guerra es buena como ellos lo
|sienten.

Y no la guerra que estalla y que aniquila tantas vidas.

Sino la guerra que amenaza, la guerra latente en la actividad
|del mundo, la guerra que compone una circulante atmós-
|fera en torno a los pulmones humanos.

La guerra, germen eterno en el corazón de la paz, brote maligno
|que se marchita siempre antes del tiempo de su plenitud.

No son sutiles los que sólo han alabado la guerra ya mani-
|fiesta. Ciertamente ella opera una beneficiosa separación
|entre las energías secretas y las que están marcadas para
|la disolución.

Pero, sobre todo, los combates inscriben los resultados de la
|guerra virtual, esta soberana presencia en tiempo de paz
|del alma de la guerra, del espíritu de inquietud, en fin
|de la acción que eyacula al mundo.

Conozco una de las vanidades de mi grito. Exalto la guerra
|porque está ligada a la grandeza.

La guerra hace saltar como una virginidad la grandeza de un
|pueblo joven, o bien acentúa el temple de un pueblo que
|culmina.

Pero todo es signo de muerte para quien marcha hacia la
|muerte. La guerra sólo mata a los pueblos moribundos.

Que una raza muera en un pudridero de carnes todavía vivas
[antes que en el lecho senil.
Tal es la suerte que yo elegiría para Francia si de colmarla la
[la fortuna se cansase.
Y más allá de Francia, está la aventura humana, la historia.
[ese delicado equilibrio entre la barbarie y la civilización.
Entre la piedad, triunfo mortal, y la crueldad servil y fecunda.
La vida será siempre una bestia pronta para reventar.

(*Interrogation*, ed. de *La Nouvelle Revue Française*, 1917.)

PROSAS DE INFANCIA *

Presiento una inminencia dichosa. ¿En qué? En nada todavía, pero está. ¿En qué? La persigo. De pronto se ha animado este retrato de luz y color. ¡Aquí está! No, no. Se ha ido. No había nadie. Mido toda la casa con mis pasos. El gabinete, la sala, el oratorio, los corredores, la sala del jardín, el jardín, y nada aparece. Sin embargo, sé que me aguarda. Astuto, me hago el dormido o el ausente. Cierro los ojos o los clavo en cualquier lejanía. A ver si engreida aparece y me despierta. Tampoco.

En la mesa hay un libro cualquiera. Otra vez súbitamente ha saltado de la línea anónima el alma de la casa. Tampoco la aprisiono. Ni en este otro salto de olor del cajón de la cómoda abierto. Ni en el temblar de los cipreses. Ni en el sueño por la noche de las columnas cansadas. Está en el momento. Y yo me he urdido una belleza de momentos sin que deje de existir en un momento. Y para otro momento: mi alma.

*

Hoy, como es domingo, se abre la sala. El mismo brillo en los muebles de caoba, en los damascos rozados. Los niños vestidos de fiesta. Es un domingo cualquiera de 1917. En la mesa está el correo y los periódicos: *El Siglo Futuro*. *La Ga-*

* En el número 75 de VERBUM dióse una muestra poemática de José A. Muñoz Rojas, uno de los más jóvenes y finos cultores de la joven y fina poesía española del momento. Con no menos complacencia insertamos ahora estas prosas del mismo autor, entresacadas de apretados cuadernillos inéditos. Son evocaciones de su casa solariega, perfiles de su sosegado rincón malagueño: páginas realizadas apaciblemente, como aquellos poemas, más por abundancia cordial que por afán de publicidad. "Me preocupan poco los alrededores de la poesía y mucho la poesía misma." Esta frase de Muñoz Rojas lo define intensamente.

ceta del Sur. Los niños entran en la sala, temerosamente, como si temieran despertar a alguien. Sin embargo, en la sala sólo duermen los siglos. Ya están despiertos y prestos a la llamada del ojo o la garganta. Los niños se asustan de la cara lívida del Señor muerto, del azul cavernoso del manto de la Virgen. No se atreven a mirar el pecho libre de la Virgen de la Leche. Con las manos atrás los niños se paran ante unos frailes que devoran glotonamente en la bodega del convento. Esto sí está bien. Y estos alemanes de la taberna también. ¿Para qué las livideces del Señor y el manto de la Virgen?

Con las manos atrás los niños se paran ante unos mosaicos sevillanos de colorines rabiosos. Una boda y un bautizo. Se extasían. Encima las cornucopias los compadecen. Los niños no miran las cornucopias. ¿Para qué la complicación de este dorado? ¿Este espejo que, de amarillo, no retrata?

La campanilla suena. ¿Será visita? Sí, sí visita.

Fuga leve apagada por la alfombra. Los niños escuchan tras la puerta. Rumor de besos, de conversaciones discretas.

La criada: — La señora, que entren ustedes en la visita.

Los niños colorados se componen, casi avergonzados. Besos.

¡Qué altos, qué guapos! — la voz joven. (El pensamiento de los niños: A los diez ya no se es guapo).

—¿Tú cómo te llamas?

— . . . para servir a Dios y a usted — se oye al niño.

Se acabaron los frailes orondos, los alemanes glotonos, la boda de mosaico. Tampoco dicen nada la lividez del Señor, el barroco dorado de las cornucopias. Sólo el encanto sutil de la mantilla y la peña en la cabeza de la señora. La sutilidad del perfume adentrándose. El presentimiento penoso de la despedida. — ¿Por qué no se quedará siempre esta señora?

La despedida se eterniza. Y la sala se va oscureciendo. — Todavía el sol en las vidrieras.

Los niños tendrán una noche de anunciaciones y a la mañana siguiente sabrán mejor la lividez del Señor, el barroco de las cornucopias.

Aquello y tío Manuel.

Por la calle ahora — son las 9 — no pasa nadie. Ya los ruidos se recogen y sólo están despiertos y vigilantes los re-

lojes y el sereno. Está la paz sobre mis libros y mis letras. Por los corredores desfila la sombra de los cuadros. En la sala hay un rejuvenecimiento de los damascos rojos, de la juventud antigua de las cornucopias. Abajo las columnas descansan. En el rincón el escritorio tiene la luz encendida. Florecen las sombras de los floreros. Unas hojas de yerbaluisa, esta fina flor de la nieve. Puede estar abierto uno de estos libros apergaminados o de estos otros de pasta roja o azul. *El Gobernado Cristiano*, *Le Rhin*. Y debajo: "Convento de los carmelitas de Antequera", uno. Y el otro unas armas pomposas y "Mnl. Barnuevo". En el álbum mejor está "Mnl. Barnuevo". Y en toda la casa. Mi carpeta, sobre la seda roja, tiene escrito: "Recuerdo de cariñosa amistad a Ramiro de la parte de su hermano Mnl. Y. de B. — Y. de Barnuevo — Madrid, 9 de noviembre de 1872".

Está algo rozada, pero todavía tiene los papeles mismos: unas hojas de información nobiliaria, la reproducción de la portada de un poema, dos brillantes escudos y unas notas para un viaje a Flandes. Dice: "Itinerario que debe seguir desde Bruselas. Viaje de Holanda. De Bruselas a Amberes, camino de hierro. De Amberes a Rotterdam por las aguas interiores: vapor. Ver el Puerto, los Malecones, la Bolsa, el Almirantazgo y demás... De Utrech a Arnhem y tomar el Rhin hasta Colonia".

En los baúles andan sus chalecos. (Unos pomposos chalecos rameados). Y luego estos libros: *Histoire de l'Armée*, *Histoire de Louis Philippe*, *Les Maîtresses de Louis XV*, etc., con pastas azules, marrón y rojas. Y en todas partes el escudo pomposo. Y "Mnl. Barnuevo".

Barnuevo legítimo que nunca tuvo nada que envidiar a ningún Rojas, según tu letra primorosa escribió en una carta a mi bisabuelo. Con tu disfraz Felipe II en el baile de Fernán-Núñez, con tu disfraz Sancho Panza en el de Medinaceli. Con tus pantalones anchos, a cuadros siempre, con tu levita tan impecable como tu bigote. Amigo de aquella hermosa condesa de Suzenet, Beatriz de Vibraye, la que pintó el álbum antiguo. Está en la última página autorretratada, con gran escote hasta el hombro, con el pelo tirante partido por una raya en medio. Como está en esta fotografía primitiva de mi mesa, acompañada de su marido — un francés con barbas — y su hija

Margueritte. Beatriz de Vibraye, desconocida ilustradora de los muros de mi casa. Cuadros pequeños con marco dorado. Detrás: "Château de Reims. Dibujado por la Cmtss. de Suzenet". Aclaradora de estas fotografías de innumerables señores vestidos de blanco, de señoras con grandes sombreros. Interrogación de mis horas de niño. Sólo cuando estábamos malos podíamos ver el álbum antiguo. E iban nuestros pensamientos, encantados por los primores de tu letra, por tus dorados, rojos y azules, libres de calentura detrás de D. Luis "Ponce de León llamado", herido "al pie de un monte en peñas armado". Y al fin tu retrato en tonos verdes, con los ojos verdes, con el vestido blanco.

Ahora el famoso campanario de Dijon, que tan bien sonaba en tus oídos, deja en los míos unas 9 deshechas. Aquí siento en la calle bocinas de autos y campanillas de tranvías. Pero mi vieja cartera me salva y me lleva a tí por la virtud de su cuero enverdecido, de sus molduras doradas, de esta corona condal y de estas dos letras: M. B. Es de tío Manuel, tu amigo. "¿Campana de Francia, lloras?"

Joseillo a enterrarse.

Viene el coche de los muertos, vacío después de llenar una fosa. El cochero viene cantando prendido del encanto de la tarde. Y son, aunque negros, blancos pendones y caballos. Como si en lugar de venir vacío trajera a la tierra una niña.

Joseillo está a la puerta cantando el *Sanctus* que aprendió en la función de ayer. Ve el coche vacío y le dice al cochero:

—¿Me subo?

—Súbete.

Y allá va calle arriba entre sus cantos. Vas a enterrar la poca alma que te queda, no a un cementerio de tumbas, sino a uno de órganos y pianos, ángeles cantores y serafines músicos. Le das recuerdos a las campanas y a Santa Cecilia. Aquí en la tierra apenas oímos más que al chantre, a ti y algún disco de gramófono.

Los niños que no saben de estos enterramientos y sólo de tumbas con huesos te preguntan:

—¿Adónde vas, Joseillo?

—A enterrarme.

Entonces te acuerdas del *Gori, gori*, y a coro de todos por la calle pina, bajo el sol último que también va a enterrarse, cantas alegremente:

—Gori, gori, a enterrame voy.

Joseillo cantor.

A Joseillo el tonto, mi amigo de las lata-campanas, le han descubierto una nueva habilidad. Va por las calles seguido de los niños cantando el *Tantum ergo*, el *Pange lingua*. Entre verso y verso contorsiones penosas que le obligan a doblarse sobre sí, a esfuerzos inverosímiles, posturas absurdas, gestos atormentados. Le dicen:

—¡Qué bien lo haces, Joseillo!

Joseillo se siente orgulloso y va llenando la calle de su voz misera. Se imagina en la Iglesia mayor y redobla sus gorgoritos.

—¡Vaya si lo haces bien! ¡Debias estar en la Iglesia mayor!

En la Iglesia mayor está el chantre, hombre que tiene el cuerpo como la voz y como el cuello: recia y dura que empalidece los más altos sonidos del órgano gastado y jadeante.

Joseillo, tú, así, vestido de negro, con sobrepelliz en los entierros, con tu corbata de lazo y tu cuello duro.

Yo te oigo y tú te enorgulleces con tu canasto para el carbón en una mano, con tu botella para el aceite en la otra.

—¡Joseillo, qué bien lo haces!

JOSÉ A. MUÑOZ ROJAS.

Antequera (Málaga).

UN LIBRO DE GABRIEL MIRO

Gabriel Miró es uno de los escritores más importantes de la literatura española actual, aunque a pesar de ello su fama es sensiblemente inferior a su mérito. Y no se trata de un aislamiento buscado por el propio autor: nada tan sencillo, tan luminoso como su obra, nada tan puro y limpio.

Como artista Miró fué siempre sincero consigo mismo: ni ensayó actitudes llamativas ni se dejó seducir por las tentaciones del éxito; supo conocer sus posibilidades y también sus limitaciones; a través del tiempo fué ahondando y perfeccionando su cualidad principal, que era el sentimiento completo y vivo de la realidad. En sus últimas obras ya había logrado una lucidez expresiva casi única en la lengua española.

Lo que sin duda ha impedido la difusión rápida de su nombre es no sólo el tono lírico, en él fundamental aun en las novelas, sino esa voluntaria inactualidad de sus escritos, entendiendo por actual lo puramente anecdótico. A Miró no se le puede clasificar en grupos determinados; no se le puede explicar ni como reacción contra alguien ni tampoco como continuador de alguien; es, en este sentido, espontáneo, lo cual no quiere decir, de ninguna manera, que esté libre de influencias. Su tema continuo es la relación de la sensibilidad humana con la naturaleza, asunto siempre antiguo y actual, a fuerza de ser humano.

En compensación de esa fama restringida, tuvo Miró el aplauso de algunos de los críticos más comprensivos: entre los españoles, Baeza, Azorín, Unamuno, Menéndez Pidal; entre los franceses, Miomandre, Cassou, Valery Larbaud, Carayon. Y, cosa extraña que parece indicar la singularidad de Miró en la literatura española, la crítica francesa es más entusiasta que la peninsular, y también más exacta (1).

(1) Ambas actitudes críticas aparecen manifiestas en el número homenaje que la *Gaceta Literaria* de Madrid dedicó a Miró, en 1931. Uno de

La mayor parte de los críticos españoles parecen hallarse — excepción hecha de Baeza, entusiasta de Miró — algo desconcertados ante la novedad; tanto que algunos, entre vagos elogios, sólo aciertan a llamarle estilista, con palabras que dejan traslucir no mucho aprecio por ese calificativo.

En efecto, Miró pertenece a esa clase de escritores, no muy comunes en la literatura española, que cultivan sobre todo la expresión sensible, mejor dicho sensual, de las cosas; escritores que tratan de reproducir la percepción de la realidad en toda su inmediatez; que tratan de ponernos en contacto directo, intuitivo con las cosas que nos rodean. En los escritores españoles más típicos nos suele interesar, sobre todo lo demás, esa manera personal de reaccionar ante lo real, esa elaboración arbitraria de la realidad, como en el caso moderno de Baroja o en el antiguo de Quevedo. El arte de Miró supone una actitud distinta: actitud de sumisión, no de dominio, que quiere penetrar en la realidad, comprenderla y agotar todos sus significados. Miró se acerca a la naturaleza y a los hombres para sentirlos — si vale la expresión — en toda su compleja profundidad.

Pero siente y expresa su sentir de tal manera que sobrepasa lo meramente descriptivo para crear una realidad nueva, descubierta por su sensibilidad, pero muy de acuerdo con nuestra sensibilidad cotidiana en la que estaba latente. En él llama la atención la coexistencia del detalle abundante con el soplo lírico que transforma lo nimio ahondándolo e imprimiéndole sentido; es el suyo algo así como un realismo mágico. Resalta más esta tendencia transfiguradora en la descripción de ciertas realidades imprecisas o de ciertas ausencias, como ser un silencio o la paz de un momento. Donde otro escritor se explicaría con símbolos intelectuales o con acumulación de detalles, Miró se expresa de un modo inmediato haciendo coincidir, en lo posible, la expresión con el hecho expresado.

Y así todo está sentido y expresado en su plenitud. Las frases de Miró — se ha dicho con acierto — tienen color, olor y sabor. Su prosa se siente con todos los sentidos en una cálida

Los citados críticos franceses, Valéry Larbaud, al señalar la aparición de *El humo dormido*, del mismo Miró, ya había destacado, años antes, en 1921, la considerable significación literaria de nuestro autor. (*La Nouvelle Revue Française*, N^o 82, págs. 146-147).

vibración de vida; nos hunde en un mundo de vivacidad alucinante. La realidad vista a fondo por sus ojos se convierte en la más fantástica de las irrealidades, en tal forma que lo que entendemos vulgarmente por realidad no es más que pobreza de nuestros sentidos. Ni impresiones fugaces y aisladas, ni escorzo o puntos de vista originales, sino la visión plena, rebosante de detalles sin ser minuciosa, penetrada de atisbos sin resultar discontinua: todo un mundo de impresiones y sensaciones fundidas en una unidad espiritual. Esta cualidad de ir creando en la palabra todo el conjunto vivo de lo real no es capacidad intermitente, sino ritmo continuo, estado de gracia casi invariable.

Tan característica plenitud le diferencia, pues, de otros autores contemporáneos a quienes se le quiso aproximar bajo el rótulo común de estilistas. Miró no es estilista en el sentido retórico del "hacer estilo". La expresión trabajada, en su prosa, ni es adorno, ni pasatiempo, ni lujo. La forma, como en los verdaderos artistas, es para él una necesidad del contenido emotivo o intelectual de la obra. Sus sentimientos e ideas se aclaran en las palabras y sus sentimientos se ahondan en la expresión.

Con Azorín o Valle Inclán sólo pueden clasificarle semejanzas externas. En el fondo los tres son muy distintos. Azorín dibuja y Miró crea. Azorín traza con rasgos finísimos el contorno de la realidad; de ahí que, a pesar de la minucia de las descripciones, haya en toda su obra un ambiente de melancolía, una ensoñación de lejanías que produce ese fondo contorneado pero no manifiesto. Además les separa una actitud espiritual distinta. Esto se ve más claro en *Los Pueblos* y en *El libro de Sigüenza*. Bajo el amoroso cuidado con que Azorín va pintando sus personajes de pueblo, se adivina un sentimiento irónico, muy leve, por esas vidas que en el fondo compadece. Azorín está separado de esa vida antigua y provinciana cuya dignidad quiere demostrar; sigue siendo en el fondo el mozo ambicioso de *La Voluntad* que consideraba una terrible gloria el haber leído a Montaigne y que asustaba a los mozos de café provinciano con frases de Nietzsche.

Miró, al contrario, es un auténtico hidalgo campesino que tiene el sentido de esas vidas, que son su propia vida; un auténtico hidalgo campesino que directamente va mostrando la riqueza espiritual de esas almas en apariencia simples.

Menos aún se le parece Valle Inclán. La prosa de éste —

sobre todo la de los últimos libros — es prosa de escorzos, hecha a chispazos, prosa que aguza el contorno de las cosas, que va desnudando, aislando las salientes de la realidad para transformarla en una realidad abigarrada y colorida; prosa toda de gestos. Ambos, Azorín y Valle Inclán, son, por otra parte, más glosadores que creadores.

En Miró las palabras van multiplicando sus sentidos, agrupándose, fundiéndose en un todo inseparable y vivo, para hacer vivir algo presente; dentro de ellas mismas surge el milagro de la realidad; su prosa, por lo general, es prosa de referencias.

Si por la forma exterior de su obra Miró aparece como novelista es, en realidad, poeta, y poeta en el sentido genuino de la palabra: creador (1). La novela, bajo la aparente sucesión de hechos y personas, es una creación continua de realidad sentida, no en aproximación de instantes, sino ritmo continuado. Miró no toma la naturaleza como un medio para consruir imágenes; la hace vivir en toda su deliciosa desnudez. Su estilo no es de frases juxtapuestas, sino de masas ondulantes, que avanzan como corrientes, tomando cuerpo, denso y cristalino, delicado y fuerte. Expresa todas las sensaciones no por descomposición o análisis, sino penetradas unas en otras y todas llenas de luz como fanales de cálida transparencia.

Miró ve las cosas en relieve. Nos trae por esto el recuerdo de San Francisco. Con qué plenitud describe el santo, el sol, el agua, el fuego: *Et illo è bello et iocundo et robustoso et forte*. Expresiones estas en que las palabras parecen perder su condición de medio para tener una vida propia y sustituir totalmente a las cosas.

Pero esta comparación nos aclara una limitación de Miró. ¿Qué distinta el alma de ambos! En San Francisco sobre el poeta está el santo que en la ascensión a Dios ha purificado y libertado su espíritu; en los *Laudes* hay dos sentimientos que no se manifiestan en Miró: primeramente el sentimiento de dominio, tan espiritual en el santo que excluye hasta el gesto de empaque que acompaña al señorío humano; luego el

(1) Así, en efecto, lo considera Larbaud: "Ses poèmes ont la forme de romans et sont écrites en prose. Mais on voit dès l'abord que c'est à un poète lyrique qu'on a affaire". (*La Nouvelle Revue Française*, número y lugar citados).

sentimiento de confianza en Dios y sus criaturas, en la sencillez con que le ofrece las cosas del mundo; ambos fundidos en un amor de purísimo gozo.

Miró, por supuesto, no llega a esas alturas; da la impresión de lo limitado; nos preocupa a veces la falta de trascendencia de su visión; parece encerrado en el mundo estrecho de su sensibilidad, de la cual no acierta a desligarse. El espíritu en él vigila pero no se manifiesta. Miró vive con el campo, el aire, el cielo y la luz metidos en su sensibilidad; sus pensamientos están provocados e influídos por reacciones e impresiones sensibles, se recrea en la profundidad de su sentimiento, pero nada más. A veces aparece la preocupación por ciertas ideas, pero resbalan sin incorporarse al fondo; lo que le interesa es lo demás.

Figuras de la Pasión del Señor es uno de sus libros más importantes. Escrito en un desbordante gozo de creación, rara vez cae en redundancia. Entre la trama sencilla y esencial del Evangelio introduce Miró — con arte a la vez lujoso y sencillo — el ambiente, la vida, el campo, la ciudad y el pueblo en que se desarrolló el drama divino de la Pasión. Junto a la verdad ceñida y emocionada del texto surgen, en cuadros de vida intensa: Jerusalén, soberbia y gloriosa; Galilea, dulce y dorada de mieses, jugosa y verde de pastos; la figura miserable de Herodes y la perversidad de Herodías; frente a ellos el Precursor, cuyos ojos encendidos de áspera santidad vencieron el poder de la mujer incestuosa.

Las *Figuras* son una prueba no sólo de la intensidad sino también de las varias manifestaciones de la facilidad creadora de Miró. Con la misma vida y con igual propiedad describe ambientes distintos, razas diferentes: la energía latina, la tenacidad judía, la sencillez del pueblo y el orgullo de los grandes. Con Poncio Pilatos, su mujer y sus amigos, pasa la raza latina, limpia, enérgica, señora de destinos; la familia de Elisama es un cuadro magnífico de la familia judía patricia y tradicional, con un delicioso sabor patriarcal de Antiguo Testamento, traspasado de sol y de luz. Es en ciertos aspectos una égloga de campos y mieses, de flores y frutas. No sin motivo Carayon asocia el nombre de Miró al de Virgilio.

En contraste, nuestro autor tiene descripciones casi táctiles de palacios y mármoles, cortinados y alfombras; frente a este

lujo sensual de las gentes orientales, la vida de los leprosos y de las muchedumbres andrajosas, llenas de dolor y de miseria.

Sobre este mundo tan rico de formas está la figura de Jesucristo. No son las *Figuras* un libro piadoso, como podría creerse; pero están escritas con respeto religioso por quien oyó tantas veces, en su niñez, el relato evangélico, de labios de su madre; y así guardan sus impresiones la inocencia y el gozo infantiles. La pluma de Miró, capaz de crear la vida en tanta multitud de seres, se detiene ante el misterio divino de Jesús. Sin tocarle, sólo traza su proyección sobre los hombres y las cosas. Dos otras veces aparece la Virgen María, llenos sus ojos de cuidados y sobresaltos de madre. Aunque no declare abiertamente la divinidad de Jesús, sobre todo el libro flota esa certeza.

El acierto total de su descripción no está en la fidelidad fotográfica al paisaje real de Palestina, sino en la trabazón de sus partes, y en la correspondencia con el relato evangélico. Las acciones y las palabras de Cristo y de los demás personajes resaltan como en el ambiente propio.

Miró penetra pocas veces en la psicología de sus personajes. El novelista psicólogo suele hacerles examen de conciencia, pero la técnica de Miró es otra. A través de la actitud nos hace ver el carácter. Por un fino proceso de creación y provocando en nosotros esa intuición con que a través de mil gestos y detalles imperceptibles adivinamos la psicología de una persona, nos descubre la conciencia, describe sus repercusiones sobre la sensibilidad.

El arte de Miró, ya maduro y completo en las *Figuras* (1916), se vuelve luego más denso y complejo, se ahonda en obras posteriores y culmina en *El obispo leproso* (1925). No es un cambio de manera, sino que, a fuerza de profundizarse, su arte se simplifica. Aquel goce de la creación exuberante está más ceñido y vigilado. El estudio de este rápido proceso de superación artística no cabe, naturalmente, en estas impresiones de conjunto.

FRANCISCO NÓVOA.

TIEMPO PERDIDO

Al entrar, mis sentidos se hundieron, patinando, en una nebulosa, que luego se condensó en madeja gordiana de ruidos, colores y perfumes. Tiré de las varias puntas de la madeja: deslindé interferencias sonoras, ordené planos cromáticos y clasificqué perfumes.

Los graznidos, que daban rara discordancia a la suma de conversaciones, fueron también apartados y asignados a una radiola. Con paciente trabajo llegué a admitir que pudiesen ordenarse en un aire de ópera.

El chocar de las bolas de billar — ruido inmanente de los cafés — tiene para mí un encanto afectuoso: saludo de amigo que ya no guarda en nuestra vida la importancia de otros tiempos. Y es que cuando era niño admiraba con delectación y envidia ese ruido resonante y honesto que los mayores podían producir a su antojo y que para mí no pasaba de un deseo, sólo cumplido mucho después, ya adolescente.

A falta de camareras, hay una puerta que, al igual de aquellas, admite el manoseo de los parroquianos y que se defiende, al ser empujada, con un chillido halagador.

Uno de los mozos — ha de haber varios — otea su público informe, con los codos hacia atrás, apoyados en el mostrador. Al verme sortea rápido, con habilidad que parecería nipona si no se la sospechase resultado de lenta adaptación al medio, los obstáculos que los clientes le oponen. Para transmitir mi pedido arroja a lo alto una ristra de vocablos apenas articuladas. Más que adaptación intuitiva, es el resultado de una inteligencia admirable, que ha descubierto la única manera de comunicarse en medio de ese vocerío de bazar.

— ¡*Se lustre, seió!* — y, consciente de su singularidad fonética, señala mis zapatos.

— Este . . . ¡no! — y se va a mi vecino con idéntico resultado.

En una mesa han venido a combatir su aburrimiento dos que, de buena gana, estarían en el cine. Un gesto de resignación ante el damero . . .

—*¡Se lustre, seió!*— y un índice nuevo reitera la negación. Otro no. Mi vecino demuestra una solidaridad apática hacia mí.

Ya con un conocimiento provisorio de los parroquianos, suficiente para serenarme, observo el resto del local. Paredes de agraria sobriedad: cal y cenefa de color castaño. Una estantería sordida y triste. Un espejo que parece haber provocado la antipatía de los puñaleros del lugar.

De paso que aprehendo un bizcocho, mi vecino intenta radiografiarme. Con otra mirada le desnudo su inferioridad de operador, obligándolo a dedicarse exclusivamente a su bizcocho.

El tranvía — más allá de la vidriera — continúa prodigando su pincelada inhábil y efímera.

El pregón se reitera ante mi vecino. El, que lo ha visto llegar, lo rechaza despótico, con gesto de dignidad ofendida.

Junto a dos mesas unidas longitudinalmente se han ido colocando seis de tricota negra. El oficio los identifica en un ademán familiar. Hay una holgazanería dentro de la cual se sienten cómodos y que les impide percatarse del ocio dominical. Empuñan las barajas con movimientos de simétrica correspondencia, que les dan la ilusión de remar en una barca: la de la costumbre.

El lustrabotas, de hinojos, promete aparente fidelidad a mi vecino.

Sumisión aceptada en contemplación displicente, de puertas y paredes, pero esquivando, despectiva, el tropezar con mi persona. Un grande e íntimo dolor ha de estar soportando su sensibilidad.

Mis exploraciones en los humosos extratos tabaquianos, perforados por densos conos de luz, me llevan a exhumar no menos de tres mesas de billar, hasta ahora sólo oídas, y en torno a las cuales los jugadores se persiguen. *¿A que no me apresas?* — parecen desafiarse.

Mientras los demás actúan, el hijo del mercero se divierte con los trinos discordes del trozo de tiza con que frota el extremo de su taco. Ha hecho una pausa coral para explicar —

corifeo de verbo entusiasta y sospechoso — las excelencias de uno de los protagonistas de la partida al circundante consejo de barbas rumiadoras.

Tras el mostrador, preparando algo que no acostumbra — un "cocktail" — está la hija del dueño: rubia y apetitosa sin mezquindad. Se me ocurre ha de llamarse Manuela, que es nombre de sonoridad albidorada y ampulosa. Tiene esa sucesión de vocales con un *ae* de curva dilatada que, después de recorrer todo un óvalo, muere en el mismo punto en que nació: una *a*. Comienza con una *R* de fingida rudeza — pura coquetería — que pronto pasa a una *f* sensual. La *a* y la *e* se columpian juntas en un lánguido vaivén, que se aquieta luego en una *l* muelle, serena, como lago lamartiniano.

Hay muchas probabilidades de que se llame Manuela, por lo usual, aunque es menos expresivo. La *ae* está suplida por una *ue* cóncava, y el resto es de molicie sin ingenio.

El sonido me asedia, áspero, los oídos. Muchas notas, percutiéndome como ariete, retumban falseadas — fa, sol, la sostenido —; mi memoria corrige — fa, sol, si.

La lucha prosigue largo tiempo, molesta para mis tímpanos, tensos como en pie de guerra.

Poco a poco cesan las notas hostiles — una, de vez en cuando, como esas gotas de lluvia que, deshaciéndose en disculpas, llegan tarde a la reunión.

De pronto, una nota vibra extrañamente, con sonoridad de trasmundo. Una nota familiar que mi memoria va precisando tras un retorno vertiginoso desde el subconsciente.

Uno de los mozos ha perdido doblemente el honor de su profesión al agacharse y recoger los fragmentos vergonzantes de una tacita.

A mi lado juegan al truco el mercero — que tiene permiso para mercar y morar fuera del "ghetto" —, otro con la cara estropeada por profundas cicatrices, cuya significación pretende restringir con una vestimenta que se empeña en ser correcta sin conseguirlo, y dos más que me dan las espaldas.

El *¡Se lustre, seió!* es un leit motiv zumbón, que recuerda a esas moscas de las grasientas cocinas de campo, cuando vuelan bajo, torpemente.

Con la expresión de recelo que les ha dejado el ambiente, juegan el mercero y los suyos. De pronto, uno de ellos se enoja.

Los otros exhiben el mazo de barajas y aquella expresión queda desautorizada; para más cordialidad le pasean por el rostro una caricia pesada y repugnante.

(Los seres en este ambiente tienen un tipo único de gesto. Ira, placer, desconfianza o alegría, sólo adquieren significación a expensas de un signo-clave. Ninguno toma represalias si al recibir la más sonora bofetada se le advierte que es en broma. A igual que el maestro que, al iniciar el ensayo, indica a los músicos: "En do bemol". Pero si recelan de la intención, apeplan entonces, en defensa de su fama de valientes, al cortaplumas).

El hijo del mercero continúa profetizando que va a errar, y sólo en esto acierta. Aunque no juega bien, no admite, sin embargo, que se le tilde de envidioso, pues es el primero en asignar a los otros fáciles felicitaciones. Y, como es incansable en estas generosidades, todos hacen la vista gorda ante su técnica defectuosa.

Han terminado de jugar. El mercero abandona la silla con la estabilidad dominadora que le presta su corporeidad envidiable. El tajeado confirma su personalidad ficticia al no pagar.

Se dirigen a la puerta, desfilando entre las mesas, las manos en los bolsillos, como si trastabillaran. Emulan a esas grandes barricadas que sólo pueden desplazarse apoyándolas alternativamente sobre distintos puntos de apoyo. La cara de cada uno conserva una insolencia a la que el tiempo y la costumbre han barnizado con un tinte desvaído. Su vanidad se satisface con ese aire de "pesados". El que mejor lo representa es el más delgado y alto de los dos que me habían dado las espaldas. Extrae un cigarrillo, lo afirma en sus labios, se pone a la par del mercero y, sin la menor violencia, le quita el que fuma y, no bien enciende el suyo, vuelve a depositarlo en los labios imperturbables de su acompañante.

Cinco portazos . . .

—¡Bah! — como decía mi abuelo: *Faut pas s'en faire du temps perdu!* . . .

CARLOS FERNÁNDEZ LANGLOIS.

NOTAS

—DEL TRABAJO LITERARIO *

He aquí, sin duda, el tema sobre el que se han escrito más tonterías, y, lo que es peor, inútiles. En las declaraciones de los hombres de letras con respecto a este asunto, fácil sería deducir lo que corresponda a la vanidad ("que je n'ai demeuré qu'un quart d'heure à le faire"), pero es más difícil descontar lo que deba atribuirse a la falsa modestia. Quejarse de la memoria no es sólo una manera indirecta de hacer resaltar el propio discernimiento. Autores que creo sinceros, como Montaigne y Stendhal, se quejan también. La facilidad que procura una buena memoria, el uso que de ella se hace, crean una necesidad, y esta necesidad se torna sensible únicamente durante las ausencias de esa misma memoria.

Otra forma de falsa modestia, que no sólo ha sido declarada, sino también practicada, confiesa exclusivamente el trabajo encarnizado, para atribuir a la energía del autor lo que quita a los dones naturales. Ahora bien, la destreza literaria mal se aviene con un número excesivo de horas de faena. Buscar una expresión certera, que no dependa de un concepto sino de una cantidad de recuerdos tenues y de impresiones finas, con los cuales es preciso concertarla, es tarea que requiere una cabeza muy fresca. No se tira sin apuntar; pero si se pretende apuntar más de un minuto, antes de disparar el tiro la mira se enturbia y el blanco baila. Así con las palabras. Aunque parezca paradoja, el exceso de trabajo produce, con frecuencia, resultados románticos. Quien escribe una página con intención de modificarla luego completamente, no llega a conseguirlo. Este primer esbozo, el único que puede arrancarse de la vivacidad del espíritu, no se rehace. Nuestro escritor destripa-terrones sólo podrá ensayar sus retoques sobre simples detalles. Agregará lo que puede agregarse: concisión, y está bien (1); epítetos, y está mal. Con más frecuencia añadirá metáforas, en las que reside, según parece creerse desde hace cincuenta años, lo esencial del estilo. Así se obtienen las *Salammbo*. Pero hoy las cartas de Flaubert nos resultan mejores que sus libros. Descontemos por adelantado los folletones, que pueden fabricarse sin poner en ellos nada propio: todo escritor que se

* M. Jean Prévost cuenta entre los más distinguidos colaboradores de "La Nouvelle Revue Française". En público ya internacional conoce ventajosamente sus relatos novelescos y sus ensayos críticos. Sus observaciones sobre la destreza literaria — de las que dan nuestra las líneas que traducimos para VERBUM — halláanse condensadas en ingeniosa síntesis en su *Traité du débutant* (Paris, Hazan, 1929).

(1) Sí, así digo: agregar concisión.

aburrió escribiendo, aburre. El que ha sudado sobre una página corre el riesgo de hacer sudar a otro. Lo esencial de un estilo es su movimiento. El movimiento se logra o no se logra, pero no se rehace.

Los que pueden componer de memoria son más dichosos. No sufren el enervamiento de los dedos sobre las tachaduras; se pasean, juegan, cantan mientras trabajan, y no experimentan el fastidio que fluye del cuerpo. Sólo la poesía, que es más amiga de la memoria, puede ser extremadamente trabajada sin fastidio; el ritmo aporta aquí gran parte del movimiento.

Aun tratándose de una obra a la que se consagra entera atención, difícilmente se consigue trabajar para ella dos o tres horas por día, y ni siquiera es posible trabajar así todos los días. No pretendemos con esto reducir al escritor a una relativa ociosidad; pensamos que el escritor debe, durante todo el tiempo que su cabeza guste estar atareada, ocuparse en otras cosas que no sea la realización inmediata de sus obras. Todos los que han practicado deportes difíciles como el box, saben que se entrenarían mal con una práctica continua o no haciendo otra cosa que no sea practicar. Es preciso que el entrenamiento se diferencie del deporte y sea más amplio que él: que todo el hombre se beneficie; solamente sobre la base de ejercicios generales podrán los ejercicios especializados llegar a su perfección. El trabajo de escribir es tarea mucho más especializada que cualquier otro ejercicio. ¿Por qué entonces querer cumplir cada día y todo el día lo que no puede ser sino vuestra mejor performance? Para lograr la plena belleza de una obra, no es, pues, a la obra a lo que es preciso consagrarse exclusivamente, es a uno mismo. Este método, por otra parte, es el más seguro. Porque si por acaso nuestras obras no fuesen del todo excelentes, o no estuviesen destinadas al éxito en el transcurso de nuestra vida, aún lo compensaríamos con habernos mejorado a nosotros mismos.

En cuanto a este entrenamiento, toda la vida cotidiana puede servirlo: todo depende de la actitud del espíritu que desea instruirse. Pero no instruirse según los libros. Si este trabajo pudiese definirse, yo diría que consiste, ante todo, en evitar la rutina. Pero esta determinación nos empuja hacia dos direcciones diferentes, que señalan los dos aspectos de un escritor, a un mismo tiempo pensador y artista. Como hombre pensante, es preciso concertar cada nueva experiencia con el conjunto de nuestras ideas; como artista se debe intentar la pintura de cada acontecimiento y de cada objeto de tal suerte que se transforme en algo único, y para siempre.

Entre los trabajos que ayudan a escribir, de ordinario sólo se tiene en cuenta la lectura, que es el más fácil y el más perezoso. La traducción aporta muy diversa ventaja. La mayoría de las plumas nitidas, flexibles y elegantes del último siglo han traducido mucho. No todos, como el gran Stendhal, para incorporar calladamente sus traducciones en el texto de sus obras, sino simplemente para ejercitarse. Merimée aprendió el ruso con el único objeto de traducirlo. Sainte-Beuve sólo traducía los clásicos. Goethe ha traducido mucho, todos los grandes clásicos han traducido mucho. Esta suerte de trabajos, si se los encara desde el punto de vista desde donde es preciso encararlos, pueden mejorar el espíritu. De buena gana envidiamos, como vigoroso ejercicio, aquel de los salones maravillosamente cultos y de gusto

exigente, donde los escritores del antiguo régimen debían mostrar todo su ingenio. Envidiamos la flexibilidad, la variedad que daban a Goethe sus pláticas sobre mil asuntos con Eckermann y tantos otros. Pero hasta un pobre periodista, que se cree agobiado, agotado por su tarea, encontraría en la traducción, si se lo propusiese, el mismo género de ejercicios y la misma suerte de dificultades que ofrecen las conversaciones refinadas.

JEAN PRÉVOST.

(Trad. de A. J. B.)

—EVOLUCION LINGÜISTICA Y CORRECCION IDIOMÁTICA

Aunque las páginas que señalamos (1) no pasan, según la evpresa declaración del autor, de previas apuntaciones para un futuro tratado filológico de índole elemental, bien vale la pena reseñarlas, ya que por su método y excelente doctrina resultan casi insólitas, por lo menos aquí entre nosotros donde estos estudios siguen, con apenas excepciones, entre añejas retóricas y gramatiquerías inútiles.

El profesor Henríquez Ureña, siempre tan seguro en su información y en sus juicios, caracteriza la indagación sistemática del lenguaje como ciencia de campo ya acotado que, apoyándose en la psicología y en las disciplinas sociales, al tiempo que auxiliada por la biología y la física, ha logrado, sorteando enconadas divergencias teóricas, fijar sus principios, establecer su técnica y presentir sus leyes.

Buen conocedor de las ventajas de una terminología precisa, luego de asentir el alcance de estas investigaciones, aclara la más adecuada significación que deba atribuirse a los vocablos *Lingüística* y *Filología*, con los que, en forma tan fluctuante y a menudo equívoca, suele designarse los sectores más considerables de los mencionados estudios. Contrariando el uso hasta no hace mucho tradicional y tan confusamente lato de uno y otro vocablo, aplica el primero a la metódica dilucidación de las cuestiones generales del lenguaje, y reserva el segundo para denominar, en área más restringida, el conocimiento histórico de las lenguas y el sistema de interpretación de los textos literarios. Esta diferenciación, de la que ya hay tantos indicios en las postrimerías del siglo pasado, viene beneficiándose desde entonces con la adhesión de autores franceses, belgas e italianos, como Meillet, Saussure, Vendryes, Bertoni, Bartoli, etc., y aun con la venia de tratadistas alemanes, entre los que destacan Brugmann, Schuchardt, Steintal, Vossler y otros, quienes si bien rehuyen la catadura en exceso románica del vocablo *Linguistik*, son siempre accesibles al reiterado empleo de *Sprachwissenschaft* — ciencia del lenguaje —, su explicativo equivalente germánico.

En lo que toca a la gramática aisladamente considerada, entiende Henríquez Ureña que no hay desventaja grande en admitir — al modo de Bello y según la vieja costumbre — su faz meramente normativa, siempre que no se olvide que por rara incongruencia histórica la práctica no ha

(1) PEDRO HENRÍQUEZ, *El lenguaje*, Tirada aparte de *Humanidades*, XXI.

derivado aquí, como acontece en otras disciplinas, de previos antecedentes teóricos. Digamos, sin embargo, que la estricta distinción de ese doble punto de mira — la gramática enfocada como ciencia (sistematización de hechos lingüísticos en leyes y fórmulas invariables) y la gramática utilizada como arte (norma de corrección e instrumento de cultura) — sigue aún hoy, y por desgracia particularmente en lo que al español se refiere, apenas esbozada.

Aunque más complejo, el problema de la gramática general resulta, por insoluble, de exposición más fácil. Como el fracaso de reducir todo el fenómeno lingüístico a pura fórmula lógica es en la actualidad manifiesto, ocioso, sino inútil, hubiese sido historiar las tentativas, múltiples y ambiciosas, realizadas en ese sentido. En un trabajo de divulgación, ya es mucho recordar las pretensiones de esa empresa, señalando llanamente, como lo hace Henríquez Ureña, el porqué y la razón de ese fracaso. "El lenguaje no es un fenómeno meramente lógico, meramente intelectual, sino fruto del espíritu humano en su totalidad, y ni siquiera del espíritu humano considerado individualmente, sino en la plenitud de sus actividades sociales: no cabe olvidar tampoco la actividad biológica que le sirve de cimiento material. Siempre habrá conflictos entre la lógica formal y el lenguaje. Ejemplo típico: el género de los sustantivos, en español como en las demás lenguas románicas, es absurdo para la razón". (Págs. 6-7).

El concepto simplista con que buena parte del público aborda los hechos lingüísticos es enfrentado por Henríquez Ureña con la intrincada complejidad que esos mismos hechos ofrecen al observador ilustrado y, en particular, al científico (1). Este contraste entre las diversas formas de encarar un mismo problema le da margen para ilustrar, con oportunas reflexiones personales, el desarrollo, en general escuetamente expositivo, de su trabajo. La complejidad del lenguaje escapa, en efecto, a la mayoría de los parlantes, quienes, casi siempre trabados entre los términos caprichosamente convencionales de corrección e incorrección, olvidan, encerrados en terrosos prejuicios logicistas, infinitos factores, a menudo imponderables, de fluctuación y de cambio. El aislamiento geográfico y el descuido dialectal no son, ni con mucho, tan graves promotores de perturbación lingüística, según pueden serlo, irrepresiblemente, otros estímulos de orden psicológico, tanto individuales como de irradiación colectiva. Así se explica que aun dentro de una "lengua común", oficializada por el gobierno y difundida por la escuela, el libro y el periódico, surjan siempre tan acusadas diferencias como las que separan el lenguaje literario del de la conversación, el decir de las poblaciones rústicas del de la gente urbana o, lo que es más, el vocabulario, los giros, fórmulas e idiotismos de los diversos sectores sociales, profesionales, etc.

Frente a este perenne fluctuar de los hechos lingüísticos, nada tan fácil — particularmente para los enamorados de sistemas rígidos o de esquemas invariables — como el propender hacia un precipitado escepticismo en todo lo que deba entenderse por corrección idiomática. "¿Quiere esto decir que no existe el buen español?" — interroga el propio Henríquez Ureña. "¿La

(1) Atento a todo, Goethe, cuyo centenario estamos celebrando, ya había reparado en esa actitud simplista e ingenuamente presuntuosa: "Cualquiera, por el solo hecho de hablar, cree también poder hablar del lenguaje".

norma propuesta por la gramática es no sólo ideal sino ilusoria!" Evidentemente, no. Aunque el lenguaje, como producto psicológico, sea en lo esencial un fenómeno tordadizo y sujeto a variación constante — inestabilidad y mudanza, "actividad" y no "obra", según la fórmula humboldtiana — en él no hay sólo evolución, sino también persistencia. Dentro de la anarquía determinada por la ignorancia léxica y el desconocimiento sintáctico, o por la exteriorización inmediata de los afectos, o por las reflexivas innovaciones literarias, actúa siempre, con mayor o menor fuerza, una tendencia resueltamente contraria: la que lleva a superar, a contrarrestar, cuando menos, aquel conato expresivo — intento de traducir la particular visión del mundo — con el proceso de la mera inteligibilidad, con la simple manifestación pragmática de las nociones admitidas. A las rebeliones con frecuencia plausibles de la expresión individual y artística, tanto como al confusioismo reprochable de las gentes incultas, se opone así, también con más o menos intensidad, el ritualismo idiomático, la norma colectiva. "Para el que habla — opina a este respecto Henríquez Ureña —, la lengua es un sistema fijo, estricto: el medio social que lo rodea lo impone y cada hombre habla según su medio. Cuando la sociedad se desarrolla en poder y en cultura, la lengua de las clases dominantes se difunde, se multiplica, se convierte en motivo de atención pública: la escritura ayuda a fijarla. Por fin se escriben gramáticas que ayuden a fijar las normas que se consideran "mejores" y la enseñanza del Estado las impone: se hace de la lengua culta una cuestión oficial". (Págs. 15-16).

Es, pues, de esperar, para fecha próxima, y en el deseo de que tales preocupaciones se acentúen entre nosotros, la cabal realización de este compendio filológico, tan certeramente esbozado por el profesor Henríquez Ureña. Los servicios que un manual de esa índole pueda ofrecer a los estudiosos hispanoparlantes equivaldrán, sin duda, a los que en países tradicionalmente apegados a estas disciplinas dispensan, entre otros, la *Einleitung in das Sprachstudium*, de Delbrück, el *Schuchardt-Brevier*, extractado por Leo Spitzer, la *Romanische Sprachwissenschaft*, de Zauner, o — en plano más modesto, aunque no menos útil — el *Vademecum für Studierende der romanische Philologie* de Karl von Ettmayer.

ANGEL J. BATTISTESSA.

—DE LO HISTORICO A LO NOVELESCO

Manuel Gálvez debe haber leído seguramente este párrafo de Anatole France, que encierra algo más que una ironía: "... es posible que precisamente su conocimiento de los libros lo contuviera, ante el temor de aumentar con unas cuantas hojas el montón informe de papel ennegrecido que se pudre obscuramente en las librerías. Nosotros compartimos sus escrúpulos al pasar por los muelles, ante los puestos de "a diez céntimos el tomo", donde el sol y la lluvia devoran páginas escritas para la inmortalidad". Hombre optimista y creyente, el escritor argentino no llegó, sin embargo, a compartir los escrúpulos del fino escéptico que, por otra parte,

"después de no creer en nadie, acabó por tener fe en sí mismo"; si nos atenemos a las varias decenas de volúmenes que escribió.

Quien conozca los tres libros que forman la llamada "Trilogía" de Gálvez, no puede menos que pensar en lo acertado que estaba France al hacer aquellas reflexiones; de haberlas tenido en cuenta, el escritor argentino hubiera dejado, sin duda alguna, en el fondo del arca las cuartillas voluminosas en que escribió las mil páginas de las *Escenas de la guerra del Paraguay*.

Hasta la fecha, Gálvez ha producido un número considerable de obras en las que ha intentado todos los derroteros de las letras: Poesía, Crítica e Ideología, Sociología, Novela, Teatro y Antología (1). Es un trabajador incansable, de gran voluntad, de extraordinaria resistencia.

Su producción abundante no le ha llevado, sin embargo, a ser en ningún momento, pese a la gran buena voluntad de los críticos de ciertos grandes diarios porteños, el autor de moda. Artísticamente sus triunfos han sido modestos, aunque no le ha faltado, más de una vez, el éxito de librería: una sabia propaganda y la amabilidad de la crítica han hecho el milagro de que algunas de sus obras llegaran al vigésimo millar. Su laboriosidad, como en los cuentos infantiles, ha tenido recompensa. Su tenacidad nos recuerda la de aquellos atletas que, no pudiendo triunfar en las pruebas de la velocidad, se convierten en marathónistas. Unos ganan fama y dinero corriendo cien metros, otros recorriendo cuarenta kilómetros.

Gálvez ha dicho en diversas oportunidades que las tres novelas sobre la guerra del Paraguay son su obra preferida: cierta vez declaró a un periodista, no recordamos a quién, que pasó diez años documentándose para escribir los tres volúmenes; que consultó todas las obras escritas sobre aquella tragedia; que leyó todos los periódicos de la época; que hurgueó en archivos y bibliotecas; en fin, que consagró todo el tiempo necesario para esta clase de trabajos.

Como no es nuestro propósito analizar toda la obra de tan fecundo escritor, nos dedicaremos a un rápido examen de su "Trilogía" (2).

Las tres novelas tienen carácter histórico: toda la trama está tejida sobre la historia de la guerra, cuyos episodios, aun los más menudos, nos relata Gálvez, poniendo aquí y allá una escena heroica, otra sentimental y sensiblera, otra de burdo naturalismo. Las tres novelas, que forman en realidad una sola, muestran un aspecto uniforme, pueril. A veces dijéranse lecturas dedicadas a fomentar el amor patrio entre los niños de las escuelas primarias; tiene Gálvez singular predilección por los niños héroes, de quienes nos relata, con infantil credulidad, las gestas.

Carecen las novelas de argumento central, y aunque el autor trata de dar alguna conexión a las diversas partes de la obra y a la acción de los personajes, sólo consigue relatarlos episodios aislados: narrarnos la historia de la guerra a su manera. La prosa es trivial y la trama incoherente: los personajes ficticios, ingenuos y parleros, no convencen: siempre evidencian

(1) Esta clasificación aparece en los libros del propio Gálvez.

(2) I, *Los caminos de la muerte*; II, *Humaitá*; III, *Jornadas de agonía*. Editorial "La Facultad". 2ª ed., 1929.

que han sido elegidos con el determinado propósito de narrar un episodio de los conocidos por el autor al "documentarse". Su originalidad no llega más allá.

Si su imaginación es dudosa, tampoco muestra dotes de historiador y, menos, de psicólogo. Si durante diez años estuvo madurando su obra, debió leer mucho, debió enterarse de todos los pormenores de aquel triste acontecimiento. Era lógico esperar de él, en consecuencia, una obra actual, una interpretación nueva, hecha al través de un temperamento artístico, de aquel drama cruel y lamentable. Nada de eso ocurre: Gálvez ha buceado en el pasado; pero, en vez de traer los documentos a flote para leerlos a la luz del siglo XX, quedóse en la oscuridad del pretérito y sólo ha escrito tres novelas como pudo componerlas el más endeble autor de hace sesenta años.

En los *Caminos de la muerte* comienza describiéndonos el Buenos Aires patriarcal de 1865. Reina una paz octaviana, los porteños se ilustran, se enriquecen, progresan, viven en el mejor de los mundos. Pero he aquí que viene una nube a oscurecer el horizonte: en el Paraguay existe un tirano, y un tirano que amenaza turbar la tranquilidad y armonía que reina entre las naciones del Río de la Plata. Hombre orgulloso y violento, inmoral y cruel, gobierna despóticamente, es dueño de vidas y haciendas en su patria, y se ha permitido, además, enfrentar a un monarca sabio, demócrata, magnánimo y justo como el emperador del Brasil, en cuyas tierras viven, en edénica armonía y con sencillez adamítica, diez millones de negros esclavos.

Es cierto que el ilustre emperador tiene una pequeña contienda con un país hermano, el Uruguay, y que, ante las insolencias de éste, se ha visto obligado a invadir su territorio, tomar sus naves, pasar a cuchillo a los habitantes de una de sus ciudades: minucias que no podían alterar la amistad sincera que unía a los porteños con el monarca brasileño.

Gálvez deja sentado que los porteños vivían sin preocupaciones en el ambiente sereno de la gran aldea: la juventud hacía versos candorosos y las niñas deshojaban margaritas detrás de las ventanas enrejadas.

Y viene la guerra, la invasión del bárbaro del norte.

No vamos a seguir al autor a través de la parte histórica de la obra: baste decir que repite todo lo que han escrito en la época los hombres que han participado en la contienda, en una u otra forma, y que mal podían ser imparciales, serenos ni justos. Diríamos que con criterio simplista desdeñó el análisis de los acontecimientos: leyó que la guerra había sido originada por el "tirano" López y eso le pareció bien e inobjetable porque estaba de acuerdo, seguramente, con lo que había aprendido en su niñez estudiando la historia patria.

El destino trajo la guerra, de ingrata recordación, cegando a los hombres que pudieron evitarla: cuando después, percatados del error, quisieron justificarla, fué en vano. Recordemos: viviase en la Argentina en pleno romanticismo político: la clase gobernante estaba constituida por tri-

bunos declamadores y grandilocuentes, demócratas teóricamente sinceros, soñadores y utópicos, patriotas ardientes que vislumbraban una gran república del Sur, mezcla extraña de la Grecia de Demóstenes, de la Roma de Cicerón y de la Francia de los Girondinos de Lamartine. Los militares eran literatos y poetas y todo el ambiente social estaba impregnado de cultura romántica. Su republicanismo no les impedía tener simpatías por los imperios, y Francia que, con Napoleón III en la cumbre de su poderío, monopolizaba la atención del mundo, era el foco deslumbrador de la civilización que absorbía las simpatías de los porteños.

La corriente cultural que recibían éstos era la que manaba de los círculos intelectuales de la burguesía liberal de Europa, que estaba empuñada desde varios lustros en la lucha por las conquistas democráticas y especialmente, por la libertad de Italia. Guerrear en contra de las tiranías, libertar pueblos de sus opresores, era la aspiración de la juventud intelectual de entonces: algunos años antes Napoleón III, con rasgo generoso, había hecho la guerra al imperio austriaco en apoyo del pequeño reino Sardo, librando la Lombardía del yugo extranjero y abriendo paso a la emancipación total de la península. Garibaldi, con aureola legendaria, era proclamado héroe de los dos mundos; Mazzini y Kossuth luchaban mancomunados por la libertad de Italia, de Hungría, de todos los pueblos oprimidos, preconizando la instauración de repúblicas idealistas. Y si bien habían transcurrido muchos años desde que Byron muriera luchando por la libertad de Grecia, existían aún en Francia poetas que soñaban con expediciones en contra de sultanes y bajáes usurpadores de tierras clásicas.

Los diarios porteños, dentro de sus medios precarios, publicaban extensas noticias sobre aquellos acontecimientos y hallaban entre sus lectores ambiente propicio, pues el recuerdo de la tiranía de Rosas estaba vivo todavía en aquella generación.

Los porteños que, por naturaleza refinados y aristócratas, estaban también al día en lo referente a modas y costumbres francesas, o más bien parisinas, sentían singular atractivo por la corte del Segundo Imperio. Cuando se vieron en el trance de optar entre la amistad del emperador Don Pedro II o la de Francisco Solano López, no titubearon en la elección. López para ellos era algo así como un nuevo rico grosero y prepotente. Sus intervenciones en los asuntos del Plata les eran odiosas, la exhibición de sus riquezas, de sus vapores, de sus ferrocarriles, de sus arsenales, de sus ejércitos, les resultaba insoportable. La corte carioca, con sus diplomáticos astutos, con la pompa de sus barones, marqueses, mariscales y almirantes, conquistó fácilmente la plaza: cuando López quiso intervenir en contra del Brasil en el asunto del Uruguay, les pareció una bravata inconcebible, puesto que tenían por su ejército "en patas" (porque iban descalzos) el mayor menosprecio.

No había simpatías por el Paraguay y menos para su gobernante: poco costó forjar la leyenda de sus sueños imperiales, así como la de su ominosa opresión. La juventud porteña creyó sinceramente librar en tres meses al pueblo paraguayo de un dictador execrable; suponía tal vez que se trataba de un paseo militar como el que en Caseros dió término a la

tiranía de Rosas. Al decir Mitre: "Dentro de veinticuatro horas estaremos en los cuarteles, dentro de quince días en campaña y a los tres meses en la Asunción, capital del Paraguay", no incurría en vana jactancia: expresaba una convicción.

Pero Gálvez con parcialidad que no le está permitida ni al historiador ni al novelista, olvida la realidad de los hechos: recoge las versiones antojadizas, denigrantes o despectivas que entonces, según ocurre en todas las guerras, los adversarios se prodigaban mutuamente: tiene especial cuidado en que la causa de su preferencia sea defendida por los personajes nobles, cultos, humanitarios y patriotas, en tanto que la causa contraria queda a cargo de los villanos, ignorantes y traidores.

López es tratado con saña sin igual. Madama Lynch, el personaje que debió inspirarle las páginas más sugestivas, es para Gálvez el tipo de la "loreta" parisiense, insaciable y ambiciosa. Aquella joven irlandesa, que vivía en París separada del marido, un médico francés de la clase media (1853), se enamora románticamente del entonces apuesto general sudamericano a quien Napoleón III en una maniobra brindara el comando de sus tropas; le sigue hasta el Paraguay, lejano, desconocido; se dedica por entero al hombre amado, a su patria adoptiva y a los hijos que tiene de su compañero; pasa las vicisitudes de la guerra, y solamente se acuerda de sí misma cuando en Cerro Corá ha caído López y cuando su hijo de diez y seis años ha sido muerto a lanzadas. Entonces, sobre el cadáver de éste, se yergue y exclama: "¡No me toquen, soy inglesa!" Grito de un trágico despertar, al fin de un largo sueño vivido en las selvas de América. La inseparable compañera de López ha sido tratada por Gálvez con el espíritu de una mojigata, no con la ideología propia de un hombre de tetras de nuestros días.

El novelista, con sus prejuicios, ha pasado así sin sospechar la parte más interesante, más emotiva de los personajes de aquel drama. Quedan éstos a la espera del autor que sepa comprenderlos y evocarlos. Que sepa presentarlos con arte, con verdad y con pasión, pero sin odio.

SYLVIA M. ARGÜELLO DE GAUDINÓ.

—VASANTI: LA PEQUEÑA BELLEZA

Vasanti es eso: la pequeña belleza que hace amable la vida.

La pequeña belleza incomprendida y menospreciada por los espíritus vulgares, porque es inaccesible para ellos.

Brotó al calor de un corazón de artista, casi inadvertida a la sombra de sus grandes ensueños místicos.

Es el jazmín que cae en la noche sobre la frente del poeta, abstraído en la contemplación de los astros y en la meditación de los graves problemas. Es el jazmín que le distrae y le turba, astro en pequeño, frágil pero concreto, leve pero material. Es eso: la materialidad casi inmaterial de la pequeña belleza.

Vasanti es la floración perfecta de la mística tagoriana. Perfecta por accesible, por humana, por pequeña.

Para nada le pesa su majestad de símbolo. Es ligera como un pétalo. Se deslizó imperceptible entre las hondas ideas, entre las graves reflexiones, y ya en el alma del poeta, se aferró, apremiante, a su fantasía y le sugirió alados ensueños; profundos ensueños alados.

Tal es la virtud de la pequeña belleza en las almas sensibles.

"Divina enredadera de tronco humano", la llamó Juan Ramón Jiménez en el poema que adorna la versión española de *El asceta*, y es en realidad divina enredadera que, hundiendo sus raíces en la tierra, se adhiere a los muros carcomidos y sombríos para vestirlos de gracia, para darles frescura de primavera y encanto de hojas tiernas.

Vasanti es un símbolo: el de la pequeña belleza que abre en todas partes su tímido reclamo, que ofrece en todas partes el tesoro de su intacta fragilidad.

Es el eco de ese reclamo en el corazón de un poeta místico, de un pensador profundo. Tal vez un día, en algún camino de la tierra andaba pensativo, o cansado de su larga lucha por el bien y el amor entre los hombres, o desesperado de encontrar la verdad bajo las apariencias, la unidad eterna bajo las formas mutables y efímeras. Entonces, sin saber por qué, la pequeña belleza le nubló los ojos, le turbó como una caricia inesperada, le reanimó la esperanza desfalleciente.

Fué acaso una flor entre el polvo, o un hilo de agua en las apretadas rugosidades de la roca, o una nubecilla más sonrosada y más leve que las otras, o el canto de un pájaro, o la sonrisa de un niño, o una gota de rocío temblando indecisa sobre una hoja, o una estrella que bajó a mirarse en el espejo turbio del pantano...

Cosas pequeñas, cosas sencillas, cosas familiares. Sin embargo, un día entre los días, quien sabe por qué razón oculta, nos es dado desentrañar su íntimo sentido.

Y ese día igual a todos, y, sin embargo, tan distinto, nos consagra poetas. Porque sólo es poeta el que lleva el corazón abierto a una amplia y cordial amistad con los seres y las cosas. El ser comprensivo de la belleza y capaz de percibir todos sus matices; el que no necesita buscar motivos, porque los motivos le buscan a él, le asedian, le acosan, se hacen emoción en su alma, inspiración en su cerebro, verso en sus páginas.

Verso en sus páginas cuando la emoción puede cristalizar en forma; pero a veces, esquiva, se diluye en inquietud inexpressable, exquisita, para aquellos poetas que no pueden darse en el verso.

Para esos pobres espíritus encadenados, es la tortura de llevar siempre la carga de su emoción.

El poema tagoriano es así:

Había una vez un hombre que renunció a serlo.

Era uno de esos ascetas que convierten su "yo", desintegrado de la vida, en conciencia pura de la nada universal.

Vivimos rodeados de círculos que giran fantásticamente en torno nuestro. Todo lo que por un instante atrae nuestro interés apasionado y se convierte en el objetivo de nuestra vida, es un círculo fascinador en cuyo centro estamos y que se va estrechando lentamente, moldeándonos a su antojo y haciéndose parte integrante de nuestra personalidad.

El amor, el arte, la ciencia, el trabajo, el placer, son otros tantos círculos que alternativamente se aflojan y se aprietan, aceleran y retardan su movimiento. La vida no es más que el juego de estos círculos de que depende nuestro destino.

Aquel hombre había traspasado el límite de los círculos, había quebrado los más tenaces con sus manos duras, valientes, inexorables.

Fué libre. La verdad negativa se hizo en él. Pasó los días y las noches, los meses y los años en la absorta contemplación de su profundidad vacía.

Y un día resolvió volver al mundo de los hombres, para asentar en medio de las cosas y de los seres, pero indiferente y extraño a los seres y las cosas, el soberano dominio de su "yo" sojuzgado.

La belleza magnífica de la naturaleza, la humana fraternidad, la filosofía, el fausto, todos los círculos que allí encontró fueron impotentes para rodearle.

Indiferente y extraño, pudo creerse infinitamente libre.

Pero la pequeña belleza se acercó a él: Vasanti.

La apartaron de sí los hombres vulgares. Ha vivido inmaculada y sola, preparándose a cumplir su destino en la tierra.

Y al hombre que renunció a serlo, que traspasó el límite de los círculos, que sojuzgó su "yo", le es dado por vez primera y acaso única "en todos los nacimientos" contemplar la pequeña belleza en la plenitud de su íntimo sentido.

Una voz de niña, una mano de niña cuyo roce "es suave como el roce del sueño", unos ojos de niña cargados de dulzura y de luz, han bastado para obrar el milagro, para crear el círculo.

Y esta vez serán inútiles los esfuerzos, estériles los empeños para librarse de él.

El círculo de la pequeña belleza, más sutil, más intangible que los otros, se agranda, cuando se pretende traspasarlo, se rehace una y mil veces cuando se rompe, y tal es su poder que se confunde más y más con la vida de quien trata de huirle.

Es posible escapar a su presencia, pero no a su influjo.

El bautismo que a la vista de la pequeña belleza reciben los seres selectos, les deja una marca indeleble.

Por eso el corazón del asceta despierta a su contacto y lucha en la soledad de su retiro, con las sombras y el silencio que sobre él pesaban de tanto tiempo.

Por eso cuando vencida la voluntad quiere el asceta volver a Vasanti, no importa que la encuentre o no la encuentre. El milagro está obrado. . . El círculo restablecido. . . El hombre vuelto al hombre.

La pequeña belleza no tiene ya razón de ser; su misión providencial está cumplida.

Y esa misión providencial no es dar a gozar el contenido de su esencia, sino ofrecer en todas partes, ofrecer y apagarse luego para no darlo nunca, el tesoro de su intacta fragilidad.

MARÍA A. OYUELA

—RECONOCIMIENTOS

Tres libros: *Ensayos y Críticas*, *Crítica y Reconocimientos* (1), destacan la labor de un crítico de legítima autenticidad: Ramón Doll. Libre de banderías de escuela, ajeno a las rencillas minúsculas de asociaciones de jurisdicción subterránea, se dedica con pasión — con la pasión fría que nos aconseja el filósofo idealista — a su tarea exegética y, con rigor estricto, analiza las obras propuestas a su examen crítico.

La acendrada vocación por la verdad hace de Ramón Doll un espíritu de estructura clásica, ateniéndonos a la caracterización de Baeza. Podría él, Doll, suscribir aquella frase de Stendhal: "Ante todo, quiero ser verdadero", y, análogamente a éste, no vacila en emplear una palabra inelegante si ella añade un matiz más certero a la expresión.

Porque le "interesa la claridad" y le "irritan las simulaciones del pensamiento", le merecen páginas de severo juicio, en *Reconocimientos*, la mojigatería literaria de Roberto F. Giusti, la falsedad de la poesía maquinista intentada por Nydia Lamarque, las contradicciones flagrantes y las confusiones imperdonables de Fingerit en *Realismo*, los errores y contrasentidos que menudean con generosidad lamentable en *Política para intelectuales*, de Julio R. Barcos, etc.

En un medio intelectual como el nuestro, brumoso de mistificadores y de mulaterio declamatorio, es necesario destacar a quienes, como Doll, realizan una labor depuradora, señalando con valentía la falacia de muchos "prestigios"; a quienes, como Doll, se saben situar ante los problemas que abordan, de frente, en actitud abierta.

No niega Doll la verdad sostenida por los autores que estudia, en nombre de otra verdad, la suya, actitud subjetiva que importaría la imposibilidad de afirmaciones categóricas, sino que acepta aquella verdad, aunque provisoriamente; se sitúa en el punto de partida del autor que examina y, desde él, va siguiendo, avizor, sus razonamientos, sus deducciones, para observar la lógica que los motiva, la coherencia que las justifica. Prueba ello un espíritu flexible, que muchos han querido desconocer, acusándolo, en cambio, de un dogmatismo que Doll está muy lejos de profesar.

Disentimos, sin embargo, con los juicios que, en *La mentira literaria del chaplinismo*, el cine le merece a nuestro autor. Niega Doll toda posibilidad estética al llamado "séptimo arte", "puesto que — dice — la fotografía no capta y fija más que lo aparente y superficial de las cosas, y

(1) Rosso, editor, 1931.

aun de lo sensualmente perceptible de las cosas se le traspapela el color, el olor, el sonido".

¿Acaso — replicamos — la fotografía de un gesto, de una mirada, expresa tan sólo algo aparente y superficial, o revela, más bien, lo íntimo, lo escondido, el estilo, en fin, de la persona que desarrolla el gesto o realiza la mirada? Y una de las mayores posibilidades del cine — realidad ya — es esa de acercar al espectador la expresión minuciosa de un estado de ánimo, no a través de la palabra que, en verdad, contrariamente a lo que Doll opina, reduce la expresividad del gesto, sino precisamente a través del gesto, de la mirada, del ademán.

Y en cuanto a la segunda objeción, la creemos pueril, porque el dibujo carece de color, y la pintura, por su parte, no capta sensaciones auditivas ni olfativas, y a nadie se le ocurre, por eso, negar al dibujo o a la pintura sus virtualidades artísticas. Por otra parte, las sensaciones olfativas carecen de categoría estética: un olor puede ser agradable o desagradable, pero no hermoso o feo.

La razón de existencia de un arte estriba en su especificidad, en su capacidad para expresar aspectos que solamente él y no otro puede expresar, y el cine, que cada vez es más cine y que por tanto tiende — debe tender — a ser menos teatro y literatura, nos ha enseñado, fundamentalmente, a "ver", a apreciar la importancia de los detalles, de los hechos nimios, de los hechos sin importancia aparente. No hay que olvidar que los albores del cine datan de treinta años apenas y que es reciente su decisión de cumplir con su destino cinematográfico. Sin duda, tiene razón Fernando Vela al pensar en la dificultad que ha de constituir para el estético — sin embargo, "dispuesto siempre a concentrar el rudimento originario de las artes en un pirograbado polinesio" — el llegar a admitir que "un nuevo arte germina allí donde su mujer y sus hijas van jueves y domingos entre la merienda y la cena".

En *Inteligencia y política*, Doll caracteriza certeramente, concisamente, nuestros lamentables hábitos políticos, señala el distanciamiento que existe entre el hombre dedicado a esas actividades y el "inventor, escritor o artista". El análisis de estos temas políticosociales se aviene más, creemos, con la modalidad de Doll que el de los puramente estéticos.

LEÓN OSTROV

—HIRUNDO (*)

Apenas puede decirse si conocemos literariamente a nuestros vecinos del otro lado de la Cordillera. Conocemos mal, en efecto, las letras chilenas contemporáneas, que no se limitan, ni siquiera en lo que a la novela se refiere, a las obras — recién sospechadas entre nosotros — de Eduardo Barrios, Luis Orrego Luco y Federico Gana.

De que esto es exacto y, sobre exacto, injusto, lo prueba, con aquella circunstancia, las escasas noticias de que disponemos ahora acerca de los

(*) Alberto Ried, *Hirundo*, Editorial Céndor, Santiago de Chile.

merecimientos de un escritor como Alberto Ried. Sin embargo, Alberto Ried es ya justamente estimado en su patria y fuera de ella. E. Ortega y Gasset prologa la edición europea de sus *Poemas*; Adolphe de Falgairrolle los traduce al francés; el *Mercur de France* comenta sus relatos en prosa. Pero Alberto Ried es algo más que un escritor: es un hombre múltiple, un artista entusiasta, un observador certero. No posee únicamente el talento de componer un libro; también sabe ilustrarlo. Y no es sólo escritor y pintor y dibujante; es también arquitecto, modelista y escultor. A tan diversas actividades aún agrega otra: la de viajero.

Asentados sobre un inmenso malecón, entre los Andes y el más vasto de los océanos, los chilenos están siempre a punto de partir. Esta observación del crítico del *Mercur* es particularmente valedera para Alberto Ried, de ascendencia anglosajona y, en consecuencia, marina.

Todo verdadero artista, así sea el más sedentario y retraído, alienta, por otra parte, en su deseo de quebrantar las limitaciones diarias, aficiones viajeras. El mismo trabajo literario — sea dicho sin la obligada alusión romántica — ¿qué es sino un ademán de partida hacia un mundo posiblemente imaginado o imaginario, pero mucho más rico, en oposición a este otro tan inmediato y vacío de misterio, en visiones supremas y significaciones esenciales? Verdad es que lo primordial no estriba aquí en la pura mudanza geográfica, que radica, y substancialmente, en la posibilidad de vivir el propio sueño — la propia realidad — frente al horizonte cambiante. Hay personas — simples turistas, trotamundos — que aún en la vuelta al globo no logran más que trasladarse, rodar leguas. Otras hay, por lo contrario — poetas, soñadores y místicos —, que aciertan a viajar a zafarse del contorno doméstico y de la personalidad cotidiana, sin traspasar por ello la intimidad de su cuarto:

Mon immobile rêve a l'ampleur d'un voyage.

Alberto Ried, que también en esto aúna actividades diversas pero coincidentes, conoce desde hace años, y desde años frecuente, es doble itinerario: lírico extralimitarse, cordial exorbitancia; saber viajar según la realidad, saber partir según la fantasía.

Hirundo — golondrina —, pájaro migratorio sobre perspectivas de cosas y de almas, es por eso, por su asunto y por su forma, un libro de viajes. Horas a bordo, en "la mala casa de los hombres solos", sobre las aguas del Pacífico; amores en Jamaica, idilios aún hoy frescamente salvajes como en los tiempos en que el mundo amanecía; siluetas amables que los caminos de la tierra, alevosos, terminan por escamotearnos. Y también horas de bohemia, de santa y lamentable bohemia. Ecos de Montparnasse, Charlas de "La Rotonde": conversaciones del París cosmopolita por el que discurren, entre alusiones y recuerdos, todas las grandezas y todas las servidumbres del espíritu.

"Fué en Nueva York, en 1917 — cuenta el veraz protagonista de uno de esos relatos parisienses —, cuando poco antes de su muerte vi a Rubén Darío por primera y última vez.

"Su pobreza era extrema. Un costarricense se había constituido en su canallesco empresario teatral.

"Se le anunciaba en términos superlativos en los carteles de un teatrillo infame, como al poeta monstruo de América, que recitaría sus producciones. Y lo sacaban a la escena como a un elefante amaestrado.

"Recitó *La Marcha Triunfal* ante aquel público anodino, de circo, que aplaudía sin comprender una sola palabra.

"Fui después a saludarlo. Abrazaba a un compatriota suyo. Sollozando como un niño entre las bambalinas, decía: ¡Qué triste es todo esto... qué triste! Ya me han pagado los diez dólares. Vámonos".

Album de horizontes remotos y de perfiles muertos. *Hirundo* es así, como todos los álbumes — como los de familia y como los de paisajes — un libro que muestra y un libro que sugiere: panorama y nostalgia.

A. J. B.

*

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

DE

VERBUM

HOMENAJE A GOETHE

(1832-1932)

*

*



"CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS"
(FEDERACION UNIVERSITARIA)

COMISION DIRECTIVA
(Período 1931 - 1932)

<i>Presidente</i>	León Ostrov
<i>Vicepresidente</i>	Maria Angeles Sabor
<i>Secretario de Notas</i>	Carlos M. Herrán
<i>Secretario de Actas</i>	Blanca Ståbile Corregge
<i>Tesorero</i>	Roberto Combetto
<i>Protesorero</i>	Juan Carlos Poletti

DELEGADOS

5º AÑO	{	Lucrecia Barales	4º AÑO	{	Elena D. Principi
		Leonor García			Berta Dobal
3º AÑO	{	María Giacchino	2º AÑO	{	Haydée E. Frizzi
		Nicolás Grecco			José Yurrita
			1º AÑO	{	Eva Gallo
					Antonio Alonso Díaz

BIBLIOTECA

Director Carlos A. Fernández Langlois

VERBVM

<i>Director</i>	Angel J. Battistessa
<i>Secretario de Redacción</i>	Vicente G. Domblide
<i>Administrador</i>	Juan J. Izurieta Craig

DELEGADOS A LA F. U. DE BUENOS AIRES

TITULARES

León Ostrov - Roberto Combetto

SUPLENTE

José Yurrita